

Revista
Cultural

Lotería

Guerra de los Mil Días

Edición Especial



NUESTRA PORTADA:

Cuadro sobre la BATALLA DEL PUENTE DE CALIDONIA.

Autores: Virgilio Ortega Santizo

Ignacio Ortega Santizo

CONTRAPORTADA:

Fotografía de Belisario Porras

Carlos A. Mendoza y

Eusebio A. Morales



***Junta Directiva de la
Lotería Nacional de Beneficencia***

Viceministerio de Economía y Finanzas

LIC. EDUARDO A. QUIRÓS B.

Presidente

Representante del Ministerio de Gobierno y Justicia

LIC. RODOLFO AGUILERA F.

Subcontralor General de la República

DR. ENRIQUE LAU CORTÉS

Representante de los Compradores de Billetes

ING. RAÚL ÁVILA ESCALA

Representante de los Compradores de Billetes

SR. LUIS C. DEL RÍO P.

Representante del Sindicato de Billeteros

SR. MARCOS ANDERSON

POR LA ADMINISTRACIÓN:

Directora

PROF. MARÍA R. DE GARCÍA

Secretario

LIC. ERWIN R. MOLINO

Revista Cultural
Lotería

Guerra de los Mil Días

Edición Especial

PROF. MARÍA RAMÍREZ DE GARCÍA

Directora General

LIC. ROQUE BOLÍVAR FRANCO

Sub-Director General

LIC. DIMITRIS AGUILAR ANGELKOS

Director de Desarrollo Social y Cultural

JORGE CONTE-PORRAS

EDITOR

CONSEJO EDITORIAL

LIC. JOSÉ DE JESÚS CRESPO

LICDA. MARITZA ILEANA GÓLCHER

PROF. ROMMEL ESCARREOLA

ARQ. SEBASTIÁN SUCRE

**PUBLICACIÓN DE LA DIRECCIÓN DE DESARROLLO
SOCIAL Y CULTURAL**

ISSN 0024.662X

Para suscripciones y consultas sobre la **REVISTA LOTERIA**

Comunicarse con el Departamento Cultural.

Telefax.: 227-1316 – rescarreola@loterianacional.com.pa

ÍNDICE

REVISTA CULTURAL LOTERÍA

GUERRA DE LOS MIL DÍAS

Introducción	7
<i>ROMMEL ESCARREOLA PALACIOS</i>	
CAPÍTULO PRIMERO	
1. EXAMEN SOBRE EL ORIGEN Y CAUSA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS	17
1.1. Situación política y económica de Colombia	27
<i>DR. EUSEBIO A. MORALES</i>	
1.2. La guerra de los mil días sus jefes, su estructura y sus componentes	35
<i>CARLOS JARAMILLO</i>	
CAPÍTULO SEGUNDO	
2. LA CAMPAÑA DE BELISARIO PORRAS COMO JEFE CIVIL Y MILITAR D ELA REVOLUCIÓN EN EL ISTMO.....	57
2.1. La expedición del Istmo	59
<i>DR. BELISARIO PORRAS</i>	
2.2. La Guerra de los Mil Días	77
<i>JUAN AROSEMENA QUINZADA</i>	
2.3. Combate de Chame y el Puente de Calidonia	87
<i>DOMINGO DE LA ROSA</i>	
2.4. Recuerdo de la guerra	111
<i>VÍCTOR M. SALAZAR</i>	
2.5. La Batalla del Puente de Calidonia	123
<i>BELISARIO PORRAS</i>	
CAPÍTULO TERCERO	
3. LAS GUERRILLAS DE VICTORIANO LORENZO.....	161
3.1. Reminiscencia de la Guerra de los Mil Días	163
<i>JACOBO ALZAMORA</i>	
3.2. Meditaciones en torno a Victoriano	183
<i>JORGE CONTE PORRAS</i>	
3.3. La guerra de guerrillas	211
<i>JORGE VILLEGAS-JORGE YUNIS</i>	
3.4. Los Guerrilleros	227
<i>JOAQUÍN TAMAYO</i>	
3.5. Guerra de guerrillas	247
<i>DONALDO VELASCO</i>	
3.6. El Combate Naval de Panamá	260
<i>LUCAS CABALLERO</i>	
3.7. Preocupación Patriótica de Herrera	266
3.8. En marcha hacia Aguadulce	273
3.9. La batalla de Aguadulce	276
CAPÍTULO CUARTO	
4. PRESENTACIÓN DE LOS DOCUMENTOS SOBRE FUSILAMIENTO DE VICTORIANO LORENZO	314
<i>JORGE CONTE PORRAS</i>	

INTRODUCCIÓN

Por:
ROMMEL ESCARREOLA PALACIOS

La Guerra de los Mil Días en Panamá

ROMMEL ESCARREOLA P.*

La Guerra Civil de los Mil Días, que constituye el contenido de las páginas de la Revista Cultural Lotería, es un hecho histórico que guarda estrecha relación con los sucesos más trascendentales del siglo XIX y las luchas sociales y políticas, por definir nuestra identidad y autonomía en el marco de la nación colombiana. Por tal motivo, debe considerarse como el antecedente inmediato del movimiento separatista de 1903, cuando los pueblos del Istmo toman la determinación de separarse políticamente de Colombia con el objetivo inmediato de constituirse como República. La **Guerra Civil de los Mil Días**, es un hecho histórico que antecede en síntesis, a la formación de la República en 1903

De allí que la Revista Cultural Lotería, medio de difusión de los hechos de nuestros pretérito y reconociendo la importancia del desarrollo del contexto de las luchas nacionales dedica este número Especial a la compilación de documentos de la Guerra Civil de los Mil Días. La primera parte de este estudio o **CAPITULO PRIMERO** presenta una serie de documentos enmarcados en el orden siguiente: **EXAMEN SOBRE EL ORIGEN Y CAUSA Y ESTRUCTURA DE LOS COMPONENTES DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS**. En la segunda parte o **CAPÍTULO SEGUNDO**, se analiza la **CAMPAÑA DE BELISARIO PORRAS COMO JEFE CIVIL Y MILITAR DE LA REVOLUCIÓN EN EL ISTMO**. En la tercera parte o **CAPÍTULO TERCERO**, se presentan los **DOCUMENTOS SOBRE EL FUSILAMIENTO DE VICTORIANO LORENZO**.

Los documentos han sido por lo tanto, ordenados en correspondencia con una visión general de la Guerra de los Mil Días. Dicha sistematización, sin embargo, no agota la posibilidad de investigaciones análogas, cuya fin podría ser entre otros, ordenar la documentación que existe en el Archivo Nacional de Panamá y en el exterior principalmente en Colombia, sobre la temática.

No obstante, al margen de estas inquietudes, habría que reiterar que la **Guerra Civil de los Mil Días**, se inscribe en un proceso más amplio, formando parte por consiguiente, de un eslabón que une los acontecimientos políticos del siglo XIX, con la independencia de 1903. **La Guerra de los Mil Días** se integra al proyecto autonomista del siglo XIX, que transcurre en medio de contradicciones económicas, políticas y sociales. Los movimientos separatistas de 1830, 1831, 1840 y 1885, son un claro reflejo de las crisis políticas y sociales que se vivió durante el siglo XIX. En cada uno de ellos, el Istmo señala su interés en poner de manifiesto al gobierno de Bogotá, la necesidad de que se respete a plazo corto nuestra autonomía económica. Este proceso explica el porqué del resurgimiento del Estado Federal de Justo Arosemena (1855-1863), el Estado Soberano de Panamá (1863-1886) y las recurrentes intervenciones militares de los Estados Unidos. Como resultado de ese desarrollo en ocasiones contradictorio en 1886, Panamá se convierte en un Departamento de Colombia hasta producirse la independencia del 3 de noviembre de 1903.

Cuando se examina el pensamiento de Mariano Arosemena, Justo Arosemena, José de Obaldía, Carlos de Ycaza Arosemena, y especialmente los planteamientos de Tomás Herrera al fundar el **Estado Libre del Istmo** (1840), se reafirma esta aseveración. Tomás Herrera era partidario de transformar nuestros puertos en centros de reexportación libres de toda restricción y gravamen. De igual manera, pero en otro sentido, Justo Arosemena, ideólogo de la teoría de la nacionalidad panameña del siglo XIX, fundamenta en el Estado Federal de Panamá y supera el espíritu impreciso, carente de directrices preconcebidas de 1821, donde se planteó indistintamente en su orden o la independencia, o anexión de Panamá a Colombia, o al Perú.

De allí que la **Guerra Civil de los Mil Días**, tenga necesariamente que vincularse con una serie de fenómenos que se registraron durante el siglo XIX. Estos son, en todo caso, los intentos separatistas y algunos acontecimientos socio-políticos propios del Istmo del cual no puede obviarse el pensamiento de Justo Arosemena; de los acontecimientos políticos desde 1827, en la entonces Gran Colombia, hasta la Guerra de los Mil Días. En estas décadas se recoge y refleja fielmente la formación de la identidad nacional.

Por lo anterior es prudente hacer una digresión oportuna, esta vez para retomar algunos aspectos de las luchas sociales en el Istmo durante el siglo XIX. Visto el desarrollo político y las distintas coyunturas que se dan a

partir de los sucesos novembrinos de 1821, el criollo comerciante pensó que al desaparecer la contradicción entre la península y esta colonia se rompería el círculo de hierro que inmovilizaba usufructo material del territorio panameño. Para ese trance novembrino, tuvo una singular participación el elenco de comerciantes, mientras que estuvieron ausentes las clases sociales del arrabal. La audacia y manejo político de los comerciantes, relegó a su segundo plano a la aristocracia terratenientes y latifundista. A las clases del arrabal es decir la gente de extramuros de la ciudad, tanto la oligarquía como los latifundistas le temían. Pero al parecer esta actitud de falta de coincidencia entre los comerciantes y los latifundistas, se pensó sería secular, pero sucedió que tres décadas después, latifundistas y comerciantes, luego que una compañía extranjera colocase la última traviesa del ferrocarril (1855), estrecharían sus vínculos en una unidad ante el trasiego de mercancías y de aventureros durante el auge de la California.

No menos cierto es que para la **Guerra de los Mil Días**, los sectores marginados hicieron causa común con sectores profesionales vinculados al liberalismo, en acuerdo con sectores campesinos del interior, que habían decidido actuar autónomamente, bajo la conducción de un caudillo populista. En esta guerra tiene su impronta la figura de Victoriano Lorenzo personaje desfigurado, cuestionado y desconocido por la historiografía de principio del siglo XX.⁽¹⁾

Dos son los antecedentes inmediatos de la Guerra de los Mil Días. Sin pretender presentarlo en orden cronológico podemos señalar entre uno de ellos los acontecimientos políticos de 1886. Para ese año desaparecieron las canonjías y prerrogativas a las minorías de comerciantes, lo que motivó que el Departamento de Panamá se abocase en una profunda crisis económicas y política. En cuanto a la situación política y económica de Colombia, esta tiene un vínculo indisoluble con la realidad vivida en Panamá a finales del siglo XIX.

Eusebio A. Morales, describe esta realidad en un documento intitulado **Situación Política y Económica de Colombia**. En ese ensayo Morales analiza las causas endógenas que motivaron las crisis de finales del siglo XIX, y que virtualmente repercutieron sobre el Istmo de Panamá. Según Morales: “ **La Constitución expedida el año de 1886 declaró irresponsable al Presidente de la República; lo facultó para declarar al**

(1) El ensayo de Diógenes de la Rosa titulado Victoriano Lorenzo (Punto de Vista) publicado en la Revista Texto y Contexto. Homenaje a Diógenes de la Rosa. Universidad. Imprenta Universidad. Revista Universidad. Imprenta Universitaria. Es uno de los primeros ensayos publicados en defensa del guerrillero Victoriano Lorenzo.

país en estado de sitio cuando lo creyere conveniente, autorizándolo en casos para dictar leyes; le dio poder absoluto para suprimir la prensa aún en tiempo de paz y para aprisionar o desterrar a los escritores públicos; y en suma, puso en manos de un gobernante declarado irresponsable, poderes que no tiene hoy ningún monarca europeo.”

Para mantener ese régimen de opresión, fue necesario un grande ejército y un amplio número de empleados públicos con enormes sueldos, además de concesiones, privilegios y granjerías otorgadas a quienes había la necesidad de dar algo efectivo, considerable, en pago de su adhesión. Pero como las rentas públicas de un país incipiente como Colombia no podía alcanzar para tanto despilfarro, el Dr. Núñez ocurrió al fácil sistema de emitir billetes de curso forzoso, que pronto se convirtieron en instrumento de cambio. “La deficiencia en los presupuestos fue desde esa época cubierta con una nueva emisión y así hemos venido a caer en el abismo en que nos hallamos, con un papel incontrovertible que vale hoy dos centavos oro el peso, y cuyo prospecto es seguir depreciándose de día en día hasta que nada represente en las manos de los que lo llevan. Es decir, la bancarrota de la Nación y la ruina de todas sus industrias.”⁽²⁾ En cuanto al Departamento de Panamá, título que recibió luego de ser promulgada la Constitución de 1886, la economía de la región transistmica y del interior se resintió, aunque existieron intentos de restablecerla, pero este afán no tuvo grandes resultados, ya que latifundistas y mercaderes fueron incapaces de sobreponerse a las circunstancias del momento.

El otro antecedente inmediato, vinculado en el plano nacional con la Guerra de los Mil Días, lo constituyó las acciones que ocurrieron en Panamá en 1885. Estos fueron claramente expuestos por Buenaventura Correoso en su ensayo *Sucesos de Panamá* fechado el 12 de agosto de 1886. Buenaventura Correoso, examina las causas del aniquilamiento del Istmo a raíz del fracaso ocurrido el 16 de marzo de 1886, cuando Rafael Aizpuru tomó por asalto el cuartel del ejército conservador en Panamá. Aizpuru resistió hasta el 29 de abril, para luego capitular por la invasión de tropas de los Estados Unidos, que provocó también la entrega de las armas de Pedro Prestan en Colón⁽³⁾.

(2) MORALES, Eusebio. **Ensayos, Documentos y Discursos**. Edición de la Colección Kiwanis. 1977. p. 14.

(3) MIRO, Rodrigo. **Presentación de “Sucesos de Panamá” Buenaventura Correoso y la Revolución de 1885**, *Revista Luperón* Julio - Agosto. N°340 - 341. p.p. 90-133.

Con lo anterior quedaba cerrado por las acciones de la Regeneración conservadora el camino de la libertad de los patriotas istmeños. Esta acción representa la subsistencia de la aristocracia terrateniente y con ello la clausurada de la posibilidad de concretar el proyecto autonomista frente al centralismo colombiano.

El liberalismo se mantuvo arrinconado y no fue sino trece años después, el 27 de octubre de 1899 cuando teniendo sólo en cuenta las condiciones objetivas el débil y mal armado grupo liberal de Francisco Filos hace amago de fuerzas en Coclé, en un alzamiento sin grandes consecuencias. Cuatro meses después enarbolando la bandera roja se lleva a cabo el desembarco del escuálido ejército liberal en Punta Burica en marzo de 1900.

En cuanto a la cronología o paso de tiempo en que se verificó la **Guerra de los Mil Días**, podemos decir que esta contienda se inició el 18 de octubre de 1899 en Colombia, y culminó el 1 de junio de 1903. En Panamá, la asonada liberal empezó el 20 de octubre de 1899, para finalizar el 21 de noviembre de 1902, con la firma del Tratado de Winsconsin.

El Presidente Zelaya de Nicaragua fue quien, tras largas deliberaciones con el Dr. Porras, logró gestionar y financiar la expedición liberal que desembarcó en Punta Burica, el 31 de marzo de 1900. El Dr. Porras escribió en sus **Memorias de las Campañas del Istmo**, que la primera medida tomada al pisar tierra fue el de asumir el cargo de Jefe Civil y Militar de Departamento de Panamá. Seguidamente, designó a Emiliano J. Herrera como Jefe de Operaciones Militares, Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales con el carácter de Secretarios de Gobierno y Hacienda.

La avanzada liberal tomó por asalto la plaza de David e inmediatamente se procedió a organizar el gobierno local. Luego se acordó dividir el contingente liberal en dos divisiones: la dirigida por Emiliano Herrera que marcharía vía Tole hacía Santiago y la segunda encabezada por el Dr. Porras que se embarcó en el puerto de Pedregal para dirigirse a los Santos. Ambas fuerzas se unieron en Aguadulce. Por falta de parque (municiones) y provisiones los revolucionarios tuvieron que tomar los senderos de la cordillera hacia la ciudad de Panamá.

Cuando desembarcó en Punta Burica, el contingente ascendía a 110 hombres, esta cifra aumentó en la medida en que recorrían las poblaciones, constituyéndose un ejército de 600 voluntarios. Para el 24 de mayo de 1900, las fuerzas liberales avanzaron hasta el Valle de Antón. Durante este breve periodo de la **Guerra de los Mil Días**, se suscitaron fuertes diferencias

entre el General Emiliano Herrera y Belisario Porras, en la población de Natá; debido principalmente a la estrategia que se debía asumir con respecto al enfrentamiento con las fuerzas conservadoras.

El General Manuel Quintero Villarreal organizó el batallón Libre de Chiriquí, el cual vino a formar parte de un cuerpo de artillería y de los batallones de infantería: César Canto, Robles y Uribe Uribe. Estos tres se estructuraron luego de la caída de las fuerzas conservadoras en Chiriquí.

El éxito logrado por los liberales, desde su desembarco en Punta Burica el 31 de marzo de 1900, fue significativo debido a que las fuerzas conservadoras no pudieron resistir el empuje arrollador de las fuerzas revolucionarias.

Los errores cometidos por el General Emiliano Herrera, responsable de la avanzada hacia la ciudad de Panamá, costo a los liberales la derrota en el Puente de Calidonia el 24 de julio de 1900, cuando este militar desconoció el plan de ataque acordado por el Estado Mayor liberal en la población de La Chorrera.

El resultado fue la capitulación y el exilio de los jefes liberales. Luego de esta derrota hizo su aparición la guerrilla de Victoriano Lorenzo, este fenómeno se dio por el vacío que causó la forma en que estaba estructurado el ejército regular liberal. Así surgió Victoriano Lorenzo de la masa de campesinos expoliados, arrinconados y explotados por el gamonalismo feudal. El futuro de estos indígenas estaba sujeto, desde este momento, un diálogo de balas y machetes.

Victoriano Lorenzo estableció su cuartel general en **La Negrita** lugar en donde formó y entrenó a su guerrilla para el asalto a las distintas poblaciones, entre las que podemos mencionar: Santa Fé, Penonomé y Aguadulce. Incluso se libraron combates en las cercanías de la línea del ferrocarril.

Al margen de la guerrilla de Lorenzo surgieron combatientes como Manuel Patiño, Manuel Antonio Noriega y Domingo Díaz. El primero de ellos se alzó en armas en agosto de 1900. A partir de ese momento, se fusionaron los planes de la lucha armada de Patiño, Noriega y Domingo de La Rosa.

Pero las divisiones entre las diferentes fracciones de los liberales no se hicieron esperar. La unidad entre Victoriano Lorenzo y Manuel Antonio Noriega, fue efímera y trajo como resultado el rompimiento de los acuerdos entre ambos, para llevar a cabo la lucha contra el ejército conservador. Al

proclamarse el General Domingo Díaz Jefe Civil y Militar, durante su estadía en el exilio, esto entró en contradicción con los planes del Dr. Porras. Esto se debió a que Porras, el 16 de diciembre de 1900, fue designado por el General Vargas Santos como Jefe Civil y Militar.

El Dr. Porras, proscrito pero no vencido, retornó al Istmo; llegó a **La Negrita** el 30 de agosto de 1900, con él estaba su inseparable amigo el Dr. Carlos A. Mendoza, antiguo Secretario de Gobierno durante la primera campaña de la Guerra de los Mil Días, y los coroneles César Fernández y Manuel Quintero Villarreal.

Al ser derrotados, las fuerzas de Domingo Díaz, Noriega y Patiño, la guerrilla de Lorenzo toma la vanguardia de la lucha armada. El foco guerrillero, baluarte de la resistencia militar campesina, dirigido por Porras y Lorenzo, colateralmente a las avanzadas finales del General Díaz, propinó fuertes ataques en el área de la línea del ferrocarril.

El 24 de diciembre de 1901, llegan de Colombia las fuerzas liberales al mando del General Benjamín Herrera, desembarcan en Tonosí. Tras largas horas de conversaciones entre Victoriano Lorenzo y Benjamín Herrera se llegó al acuerdo de unificar las fuerzas militares nacionales con las llegadas del extranjero.

En tal sentido la responsabilidad de reorganizar el ejército recayó en el Dr. Porras y Victoriano Lorenzo. Para esto estructuraron cinco batallones: **Gaitan, Cundinamarca, Vargas Santos, Coclé y Los Santos**. Estos cuatro grupos formaron la **División Panamá**. El sector que desembarco con el General Herrera formó la **División Cauca**, cual se subdividió en los siguientes: **Cauca y Libertador**. El General Herrera recibió el cargo de **Jefe General del Ejército Unido del Cauca y Panamá**.

Un nuevo incidente concerniente relacionado con la dirección del ejército se dio nuevamente, esta vez entre el General Benjamín Herrera y el Dr. Porras. La crisis llegó a un punto crítico que el Dr. Porras presentó renuncia, el 24 de febrero de 1902, al cargo de Jefe Civil y Militar. Posterior a este incidente Porras fue detenido y sometido a un juicio que lo sentenció a muerte. Pero se le conmutó la pena a quince años de prisión.

En efecto, la sanción debió cumplirla en una de las cárceles del interior siendo Porras trasladado para Santiago de Veraguas donde logro escaparse de la prisión y huir al exterior.

Podemos mencionar que durante este periodo de la Guerra de los Mil Días, los liberales lograron diezmar la resistencia de los conservadores.

Incluso se apoderaron de toda la región del interior desde Chiriquí hasta los límites de la línea del ferrocarril. Lograron varios triunfos navales, uno de los más importantes fue el del 20 de enero de 1902, cuando la nave liberal **Almirante Padilla**, disparó sus cañones contra el **Lautaro** y las esquiras destrozaron el cuerpo del General Carlos Alban.

Pero, a pesar de estos triunfos, los liberales intentaron llegar a un acuerdo con las fuerzas conservadoras dirigidas por Aristides Arjona y el General Ramón G. Amaya, este último se encontraba en Penonomé

El General Conservador Víctor Manuel Salazar despacha un contingente hacia Penonomé, al mando del General Luis Morales Berti, quien llegó a esa población de Antón el 10 de junio de 1902. Las tropas liberales, que tenían a Penonomé como su bastión, retroceden en una estrategia de engaño para posteriormente cercarle toda comunicación con el interior. Las fuerzas del General Plaza evitaron el enfrentamiento, para permitir así la entrada de los conservadores a Penonomé. Con esto se cumplió el plan del General Herrera, quien hábilmente bloqueó todo acceso de provisiones y refuerzos a los conservadores.

Luego de esto, se produjo una de las batallas más sangrientas de la **Guerra de los Mil Días**, cuyo escenario fue la población de Penonomé. La solariega vida de los pobladores de Aguadulce se transformó, para entonces, en un infierno. El hambre y las escenas horripilantes de guerra se mezclaban con la desmoralización de la tropa. Los oficiales esperaban ayuda de la capital y, mientras eso sucedía, Morales Berti alentaba a sus soldados para que resistieran. Sin embargo, el cansancio provocó la capitulación de los soldados y de la oficialidad, el 27 de agosto de 1902.

Era inminente la intervención de los Estados Unidos, cuando advirtieron que no permitirían enfrentamientos en la línea del ferrocarril. Para el mes de noviembre el Visealmirante Casey dirigió notas a los partidos contendientes, donde les señaló que las fuerzas armadas de los Estados Unidos vigilaban las vías del ferrocarril y, por tanto, no permitirían que se estorbara el libre tránsito.

Las fuerzas militares norteamericanas se colocan, aparentemente, por encima de las contradicciones de las fuerzas en conflicto. Daban la impresión de buscar la cordialidad entre las beligerantes, pero su objetivo iba mas allá de la reconciliación de los contendientes. Para ellos urgía poner en ejecución la **Ley Spooner de 28 de junio de 1902**, expedida por el Congreso de los Estados Unidos de América, por la cual se autoriza la construcción de un

Canal Interoceánico.

Para los liberales y sobre todo para el General Lucas Caballero, era imposible mantener la lucha armada. En cuanto al resto de Colombia, los liberales estaban en franca derrota y no le quedó otra opción al General Rafael Uribe Uribe, que firmar, el 18 de octubre, El Tratado de Nerlandia.

Atendiendo a esta situación y al vislumbrar los Generales Herrera y Lucas Caballero la imposibilidad de subsistencia de la guerra civil, decidieron firmar el Tratado de Paz de Winsconsin, el 21 de noviembre de 1902.

Algunos liberales y conservadores pensaron que la guerra había culminado. Sin embargo, aún estaba por escribirse el último capítulo de esta sangrienta campaña. Se tomó como excusa la fuga de Victoriano Lorenzo, el 24 de diciembre de 1902, de la nave Bogotá, que se encontraba en la bahía de Panamá, para montarle un Consejo de Guerra en abierta violación del Tratado Paz de Wisconsin.

La causa de la detención de Lorenzo es narrada en los escritos de Mateo F. Araúz y del Dr. Eusebio A. Morales. Este último señaló que la causa de la detención se debió a una insubordinación de una parte de la Séptima División en San Carlos. Agrega el Dr. Morales que al llegar a esa población el motín estaba sofocado y se encontraba preso Cañarete, el gestor de la rebelión.

El General Esteban Huertas fue quien dirigió el Consejo de Guerra contra Victoriano Lorenzo. El 13 de mayo de 1903, desembarcó el General Sicard Briceño. Al día siguiente determinó que Lorenzo fuese juzgado en Consejo de Guerra, a la una de la tarde fueron colocados los carteles informando sobre el juicio. Eran las dos de la tarde cuando se inició el Consejo de Guerra. Se le imputaron acusaciones de crímenes cometidos durante el período de la guerra, lo que era una violación al Tratado de Paz. El 15 de mayo a las cinco de la tarde treinta y seis disparos penetraron el cuerpo de Victoriano quien se inmola, enalteciendo así el sufrimiento de tantos combatientes caídos y campesinos explotados, que tomaron las armas para defender sus intereses de clase y de la subsistencia de su raza.

(*) **Rommel Escarreola Palacios**. Licenciado y Profesor con Especialización en Filosofía e Historia. Miembro de la Sociedad Bolivariana, Miembro de la Fundación Buenas Noticias y Director del Programa Panamá Ante la Historia (Radio Nacional) Entre sus escritos para la Revista Cultural Lotería se encuentran: **La Guerra de Coto; La Fenomenología; El Conquistador Nuñez de Balboa; Cincuenta Años de Educación en Panamá; Historia de los Juegos de Azar y de la Lotería en Panamá; Juan Antonio Susto Lara: Relación de Méritos y Servicios de un Panameño Ilustre; Presentación de Panamá**. En la Lotería Nacional de Beneficiencia a desempeño el cargo de Coordinador de Capacitación, Secretario General Encargado en la actualidad es Jefe del Departamento Cultural y Miembro del Consejo Editorial de la Revista Cultural Lotería. Ha dictado class de Filosofía, Cívica e Historia en colegios secundarios.

CAPÍTULO PRIMERO

1. EXAMEN SOBRE EL ORIGEN Y CAUSA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS

Situación Política y Económica de Colombia

(Artículo publicado en inglés en The North American Review, a mediados de 1902).

EUSEBIO A. MORALES.

I

Para comprender la actual situación política y económica de Colombia, es necesario traer a la memoria un período no menor de diez y ocho años, período de desgobierno, de desorden y de tiranía sin ejemplo en los anales de esta República, período que principió con un acto de traición y que probablemente quedará cerrado con otro más injustificado que aquél.

En 1884 gobernaba al país el señor Dr. Rafael Núñez, hombre de poderoso intelecto que se había distinguido siempre como convencido miembro del partido liberal y que debía su elección a la mayoría de aquel partido. Como la República se hallaba dividida entonces en Estado Unidos, en la mayor parte de aquellos gobernaban con los nombres de Presidentes o Gobernadores, individuos que pertenecían al grupo o mayoría que eligió al Dr. Núñez. Contra dos de estos gobernantes seccionales estallaron a fines de 1884 sendos movimientos revolucionarios en sus respectivos Estados, y uno de ellos, el de Santander, concluyó con un Tratado según el cual debía elegirse una convención constituyente que haría nueva designación de Presidente del Estado. En tal convención elegida popularmente tuvieron mayoría los miembros del partido liberal adverso a la política del Dr. Núñez, y el elegido para la presidencia del Estado fue un militar entonces prestigioso, el General Sergio Camargo.

El Dr. Núñez, creyendo en peligro sus planes políticos hasta entonces desconocidos de la mayoría de los hombres inteligentes del país, disolvió por la fuerza la convención de Santander, destruyendo de un golpe la Constitución Federal de la República que le daba a los Estados facultades amplias para su organización y manejo internos, y violó de ese modo todos sus juramentos de sostener y cumplir las leyes fundamentales de la nación.

El partido liberal, indignado, se levantó en armas contra el mandatario péjuro; pero el partido conservador, que acechaba el momento oportuno de apoderarse de los destinos del país, se declaró entonces del lado de quien había violado sus juramentos, y con ese apoyo prestado al Gobierno, la revolución fue vencida en 1885.

Una vez terminada la lucha, el Presidente Dr. Núñez declaró que la Constitución de la cual derivada sus poderes ya no existía, e hizo nombrar por medio de sus agentes seccionales diez y ocho miembros de una Asamblea que se llamó *Consejo de Delegatarios*, para que este cuerpo expidiera una nueva Constitución. Fue ese el primer instrumento del régimen tiránico que se estableció desde entonces en el país, y que el mismo Consejo de Delegatarios siguió perfeccionando con leyes posteriores.

La constitución expedida el año de 1886 declaró irresponsable al Presidente de la República; lo facultó para declarar al país en estado de sitio cuando lo creyere conveniente, autorizándolo en esos casos para *dictar leyes*; le dio poder absoluto para suprimir la prensa aún en tiempo de paz y para aprisionar o desterrar a los escritores públicos; y en suma, puso en manos de un gobernante declarado irresponsable, poderes que no tiene hoy ningún monarca europeo.

Para mantener ese régimen de opresión en un país acostumbrado a ser libre fue necesario sostener un grande ejército y un gran tren de empleados públicos con enormes sueldos, además de las concesiones, privilegios y granjerías otorgadas a los copartidarios de alto coturno a quienes había necesidad de dar algo efectivo, considerable, en pago de su adhesión. Pero como las rentas públicas de un país incipiente como Colombia no podían alcanzar para tanto despilfarro, el Dr. Núñez ocurrió al fácil sistema de emitir billetes de curso forzoso, y pronto fue ese instrumento de cambio la moneda nacional. Toda deficiencia en los presupuestos fue desde esa época cubierta con una nueva emisión y así hemos venido a caer en el abismo en que nos hallamos, con un papel inconvertible que vale hoy dos centavos oro el peso, y cuyo prospecto es seguir depreciándose de día en día hasta que nada represente en las manos de los que lo llevan. Es decir, la bancarrota de la Nación y la ruina de todas sus industrias.

Desde que principió a implantarse ese antipatriótico régimen, que no tenía más fundamento que la ambición desmesurada de un hombre, los estadistas liberales quisieron valerse de la prensa para denunciarlo al país y al mundo; pero sus periódicos fueron suprimidos y los escritores, hombres

eminentes, encarcelados o enviados al destierro. La losa del sepulcro cayó sobre esta tierra y se hizo el silencio más profundo.

En las tinieblas siguieron trabajando las fuerzas destructoras sin contrapeso y cuando el país vino a darse cuenta de lo que estaba pasando, fue para convencerse de que se acercaba un cataclismo.

Durante ese período que se inició en 1886, la instrucción pública fue entregada a los jesuitas y a otras congregaciones religiosas que comenzaron a fluir de España, a servir de núcleos de intolerancias, de fanatismo y de persecución, y a propagar más bien la ignorancia que los conocimientos útiles. Y como si esa irrupción de cuanto es pernicioso para el progreso de un pueblo, hubiera obedecido a un plan preconcebido que tuviera por objeto la destrucción de toda inteligencia y el aniquilamiento de todo examen, el Gobierno, por medio de decretos o de simples órdenes, prohibía que la prensa se ocupara de la religión católica y de sus santos ministros. Hubo, entre otras, una célebre resolución de un Ministro llamado Felipe Angulo en la cual se prohibía escribir nada, ni en pro ni en contra de la orden de los jesuitas. Ese ex-Ministro se halla hoy viviendo en la Gran Bretaña, más complacido sin duda del gobierno de aquel país y de su tolerancia, que lo que estaría gozando hoy aquí de los frutos del sistema que eficazmente ayudó a implantar en su patria.

Quiso el partido liberal oponerse por los medios legales a ese régimen de opresión política y de desorden financiero que a la larga debía producir la ruina económica del país, y trabajó por llevar por medio de las elecciones populares, Diputados a las Asambleas Departamentales y Representantes y Senadores a las cámaras legislativas; pero todo esfuerzo fue vano. A pesar de que el partido liberal tiene mayoría en la nación, sólo en 1892 y 1896 logró enviar, *un representante al Congreso*. ¿Cómo pudo realizarse el extraordinario fenómeno de no tener representación en las legislaturas colombianas por 18 años, un partido que compone por lo menos la mitad de la nación?

A los ojos de los países en donde el derecho se respeta y las leyes se cumplan, tal hecho es inconcebible; pero en Colombia el Gobierno no se preocupó gran cosa por realizarlo, ni hizo considerables esfuerzos para obtener la totalidad de las legislaturas. Una ley llamada de elecciones populares bastó para organizar el fraude. Esa ley atribuyó al Presidente de la Nación, a la Cámara de Representantes y al Senado de la República la facultad de nombrar por partes iguales los seis miembros de un cuerpo denominado Gran Consejo Electoral que debía residir y reunirse en Bogotá.

Podían ser nombrados miembros de ese Consejo los mismo Ministros de Estados, los mismo Representantes, los mismos Senadores y cualesquiera otros empleados al servicio del Gobierno.

El Gran Consejo Electoral así compuesto tenía la función de verificar los escrutinios y de declarar la elección de Presidente y Vice-Presidente de la Republica.

En las capitales de los nueve Departamentos debía reunirse otra Corporación denominada Consejo Electoral, nombrada del mismo modo que la anterior, y a la cual le correspondía la facultad de nombrar para cada circunscripción o distrito electoral de cincuenta mil habitantes más o menos, otra corporación llamada Junta Electoral, que a su turno nombrada para cada distrito municipal otro cuerpo denominado Jurado Electoral. Para todos esos Consejos, Juntas y Jurados, podían ser nombrados los mismo empleados públicos de la administración, los militares en servicios activo y los miembros del cuerpo de policía. El resultado no podía ser dudoso: puesta en movimiento la maquinaria electoral por un Gobierno resuelto a no retroceder ante ningún fraude, los nombramiento para miembros de todos los Consejos, Juntas y Jurados recaían forzosamente en los empleados públicos interesados en mantener aquella vacilante estructura, y así se ha visto durante todo el período luctuoso que hemos venido atravesando, que ningún hombre de carácter independiente y recto tomó parte jamás en aquellas corporaciones, figurando sólo en ellas los hombres sin escrúpulos uncidos como bestias de carga al carro del capataz.

Compuestos así los Jurados Electorales, que eran los encargados de formar las listas de sufragantes en cada Municipalidad, procediendo de conformidad con instrucciones superiores, sólo colocaban en ellas a los empleados públicos, a los militares y a los agentes de policía. Quedaba a los ciudadanos no inscritos el recurso de reclamar y comprobar su derecho; pero como el término para oír y decidir tales reclamos sólo 15 días, apenas tenía tiempo el Jurado para resolver 25 ó 30 solicitudes. De ese modo quedaba el partido liberal virtualmente excluido de las elecciones, y la impudencia de los Jurados electorales llegó a tal punto que en ocasiones se negaron a inscribir en las listas a personas eminentes que habían desempeñado en la República los más altos puestos.

Hubo poblaciones rurales en que la mayoría liberal era tan abrumadora que hasta los empleados públicos pertenecían a aquel partido (no por tolerancia ni por espíritu de justicia sino porque los sueldos eran exiguos) y llegado el período electoral se enviaban de las capitales de provincia nuevos

Alcaldes, Jueces y Agentes de Policía con sueldos mayores para que a todo trance ganaran las elecciones. Y cuando por efecto de circunstancias imprevistas, el partido liberal triunfaba en algún distrito, al momento de hacer el escrutinio, los jurados dejaban caer un poco de tinta sobre el acta o raspaban algún nombre o cometían cualquier error, por insignificante que fuese, para que al llegar los documentos a la Junta (o Consejo) Superior, ésta pudiera resolver la nulidad de la elección y la supresión de los votos liberales. Caso digno de mencionarse fue el ocurrido en una circunscripción electoral del Departamento de Antioquia. En las elecciones obtuvo notable mayoría para Representante al Congreso el Dr. Luis A. Robles, Rector de la Universidad Republicana y hombre de lo más respetable del país. Pues bien, su elección fue anulada y declarado electo su competidor por la razón poderosísima de que en alguna de las actas aparecía un nombre en el cual se confundían los rasgos de una “l” con los de una “d”. Esto bastó para que el menor número de votos de su contrario le arrebatara al Dr. Robles el puesto a que tenía derecho en la Cámara.

Los hombres que han venido ejecutando esos actos, que han alterado números, falsificado listas y registros, cambiado actas de escrutinios y dictado inícuas sentencias de nulidad, lo han hecho y lo repetirán mañana, confiados en la impunidad que el Gobierno les ofrecía y garantizaba, impunidad que ha sido siempre efectiva a pesar de las acusaciones comprobadas que se han presentado a los Jueces y Tribunales. Según esas gentes, el cometer fraudes electorales no es delito, ni falta siquiera, hasta el Dr. Núñez, causa primera de esta perversión moral, excusaba aquellas infamias diciendo “que era preferible falsificar registros y anular escrutinios a tener que matar a los votantes”. ¡Cuán diverso es el concepto de los hombres públicos eminentes de los Estados Unidos, que caen con la bandera de su partido siempre limpia y que se retiran vencidos con la conciencia sin mancha! ¡Cuán diverso es el concepto del Cardenal Gibbons que coloca a los que violan el sufragio popular en el mismo banco de ignominia en que se sientan los que envenenan las fuentes públicas!

El día de elecciones en las ciudades importantes de la República era un día de exhibición de fuerzas y de violencias. Las tropas de guarnición y los cuerpos de policía con sus jefes a la cabeza ocupaban desde las primeras horas las mesas de votación y comenzaban a sufragar. En ello empleaban casi todas las horas señaladas por la ley para esa función de los ciudadanos, pues votaba cada soldado y cada agente de policía con más de un nombre, y más de dos si era necesario. ¡El ciudadano libre que pretendía romper aquella barrera de soldados para llegar a la urna a depositar su voto, era atropellado,

golpeado, herido o amenazado de muerte por los jefes de la fuerza y de la policía; y naturalmente el Gobierno triunfaba con abrumadora unanimidad!

Esa ha sido la historia del sufragio en el país que por costumbre se ha dado en llamar República de Colombia. Es posible que en otras partes se dude de la veracidad de mis asertos, considerándolos tal vez como efecto de la exageración propia de nuestra raza; pero declaro de la manera más solemne que cuanto queda relatado es la verdad absoluta que puede comprobarse con testimonios de hombres honorables y de extranjeros imparciales.

Establecido sobre esas bases, el sistema implantado no podía sino dar los frutos más funestos. Un Gobierno sin contrapeso que quiere destruir toda censura y acallar toda oposición, por fuerza tiene que emplear medios cada día más reprobados e innobles para continuar viviendo en el silencio y en la impunidad. Nacieron de ahí las negociaciones ilícitas con el tesoro público, los contratos ruinosos para el erario, las indemnizaciones por perjuicios supuestos o exagerados, las compras de bienes inútiles para complacer a los vendedores y, por último, las falsificaciones de billetes de curso forzoso, que no otro nombre puede darse a las emisiones clandestinas de tales billetes sin autorización del Congreso y sin que el público tuviera noticia de ellas.

Los Ministerios de Hacienda, del Tesoro y de Fomento fueron desde 1885 antros cuyos misterios todavía nadie conoce; pero lo que sí se ha visto ha sido la transformación de muchos de los Ministros que por ellos pasaron, de pobres en ricos. Semejantes escándalos, sobre los cuales se podría escribir un libro, ocasionaron en el seno del mismo partido opresor un movimiento disolvente. Algunos hombres honorables, que no transigen con los manejos pecaminosos y mucho menos con los delitos de malversación de caudales públicos, alzaron su voz contra aquel desenfreno y produjeron una división profunda que parecía ser definitiva. Llamáronse Conservadores históricos los que querían un Gobierno justo y honorable; los otros en el poder conservaron su nombre de conservadores nacionalistas, nombre vago que se ha venido prestando a transformaciones bruscas y hasta cierto punto vergonzosas.

Ese grupo o partido histórico quiso tener también su prensa periódica para denunciar los abusos y las malversaciones que causaron la división en las filas ministeriales; pero sus periódicos fueron suspendidos o suprimidos y sus escritores presos, confinados o desterrados, del mismo modo que ellos en el poder habían hecho antes con los periódicos y los escritores liberales.

Quiso ese partido ocurrir al sufragio para llevar a los cuerpos legislativos sus hombres meritorios e implantar las sanas doctrinas que predicaba; pero también fue rechazado de las urnas por sus antiguos conmitones, del mismo modo que de concierto antes ellos todos, habían rechazado al partido liberal sediento de justicia.

Fue cuando sintió sí los golpes del absolutismo, cuando la fracción histórica se convenció de que algo profundamente vicioso había en el organismo político que ella contribuyó a crear. Comprendió entonces que el atropello del derecho no puede fundar nada estable, porque hoy somos los atropelladores y mañana podemos ser los atropellados, y desde ese momento pareció evidente a los ojos del observador imparcial, que la solución del gran problema que se presentaba al país dependía del acuerdo del partido de oposición para establecer un régimen de legalidad, precursor de algo definitivo que satisficiera las aspiraciones generales.

El partido liberal creyó en el sincero arrepentimiento de la fracción disidente, y ejecutando un acto del más acendrado patriotismo, trabajó en las elecciones presidenciales de 1891 por el candidato histórico General Marcelino Vélez. Demostraron con esa conducta los Jefes del Liberalismo que ellos no perseguían el logro de ventajas personales, ni aspiraban al reparto de empleos y de sinecuras, sino simplemente al restablecimiento de un régimen republicano fundado en la ley.

El candidato del partido histórico fue víctima de inmenso fraude electoral y su contrario entró a regir en 1893.

En 1897 la situación fue ya más grave y compleja. La facción conservadora nacionalista lanzó como candidato para la Presidencia de la República al señor Miguel Antonio Caro, Vice-Presidente Encargado del Poder Ejecutivo por muerte del Dr. Núñez; los históricos acogieron la del señor General Rafael A. Reyes, político sin rumbo definido, que ni siquiera se atrevió a asumir el carácter agresivo de candidato de oposición, y el partido liberal permaneció en expectativa con el objeto de prestar su concurso a un candidato que prometiera ser fiel a las leyes y que garantizara la efectividad de sus derechos, o de lanzar candidatura propia, aun a sabiendas de que ni en aquel divorcio de sus antiguos opresores hallaría oportunidad, no digo de triunfar, pero ni de llegar siquiera a las urnas electorales.

El Vice-Presidente señor Caro, después de haber guardado silencio que parecía indicar su aceptación de la candidatura, ejecutó un acto de

desprendimiento que a la verdad nadie esperaba de él en el país, y se inhabilitó para ser elegido porque no podía presentarse a un tiempo con la toga blanca del candidato y el bastón del Magistrado; pero hizo proclamar en cambio la candidatura de los señores Dr. Manuel A. Sanclemente y José Manuel Marroquín para Presidente y Vice-Presidente de la República, respectivamente, y con los fraudes de costumbre fueron éstos elegidos.

El Dr. Sanclemente era un anciano de más de ochenta años, imposibilitado por su edad para residir en la capital de la República y desde que se le designó para el puesto de Presidente, fue a todas luces claro que el Gobierno debía recaer tarde o temprano en el señor Marroquín. Así fue en efecto. Por ausencia del Dr. Sanclemente, el 7 de agosto de 1898 tomó posesión del Poder Ejecutivo el Vicepresidente electo. Con sorpresa general, el señor Marroquín abandonó el grupo o partido nacionalista que le había elegido y se declaró histórico. El partido liberal aplaudió los actos que demostraban en el Vicepresidente firme propósito de poner al país bajo un régimen justiciero, honrado y puro, que respetara el sufragio, base fundamental de la República, y todos los hombres patriotas vieron con alborozo la proximidad de una era de paz y de concordia para Colombia. Pero esa situación no podía ser del agrado de los que habían luchado tanto, empleando buenas y malas artes para perpetuarse en el poder, y antes de transcurridos cuatro meses del gobierno del señor Marroquín, el anciano Presidente fue conducido a la capital para que sirviera de apoyo, de sostén y de salvaguardia a los conservadores nacionalistas, que entraron de nuevo al Gobierno más intransigente que nunca, porque se habían visto algunos meses desposeídos de lo que ellos juzgaban su propiedad exclusiva, el tesoro público.

Durante los pocos meses del año de 1898, que estuvo desempeñando el Poder Ejecutivo el señor Marroquín, dictáronse leyes que la opinión pública reclamaba, tales como la de prensa, la de reforma de la Corte de Cuentas, la de indemnización a los industriales perjudicados por el establecimiento de monopolios oficiales, y sobre todo, se obtuvo la derogación de famosa ley llamada “de los caballos”, que ponía la libertad de los ciudadanos a merced de cualquier empleadillo de aldea. Pero sobre todo, lo que más satisfacción causaba al país, y lo que más esperanzas hacía acariciar, era que el señor Marroquín manifestaba en público y en privado su inquebrantable propósito de hacer respetar el sufragio, dando participación a todos los partidos en los Consejos, Juntas y Jurados que formaban la maquinaria electoral y que eran los llamados a establecer la pureza de las elecciones populares.

Si todos esos actos y propósitos habían sido parte a originar lo más reconcentrados furores en el grupo nacionalista, era claro que al llegar éste de nuevo al poder volvería a su régimen de absolutismo, de opresión y de desorden; es decir, reaccionaría hacia el mal con violencia proporcionada al impulso benéfico que se había hecho sentir en todas las esferas sociales y políticas en los pocos meses del gobierno patriótico y prudente del señor Marroquín.

Hubiérase resistido entonces el señor Marroquín a entregar el gobierno al Dr. Sanclemente, como se lo indicaron la mayoría de la Cámara de Representantes y muchos hombres eminentes de su partido, y la República de Colombia no sería lo que es hoy y lo que ha sido espacio de tres años, un inmenso campo de batalla en donde blanquean ya los huesos de miles de ciudadanos y en donde por entre escombros humeantes, asoma su faz desencajada la miseria con todos sus horrores.

La guerra civil que nos azota fue, pues, el efecto de aquella reacción nacionalista. Desvanecidas las esperanzas que el partido liberal concibió, la tempestad era inevitable. Los jefes del partido exhortaban a la paz, pero sus exhortaciones eran ineficaces para llevar la confianza a la gran masa de los que sufrían en su derecho y en su hacienda, y al fin, en octubre de 1899 comenzó la sangrienta lucha de las armas. No aprobé entonces la guerra porque tenía y tengo la convicción profunda de que ese recurso extremo ningún problema resuelve entre nosotros, y antes bien, complica los existentes y hace surgir otros nuevos, no menos graves, que dependen de la calidad de los hombres que en esas tremendas convulsiones aparecen como esforzados adalides o como salvadores; pero en presencia del hecho cumplido, que destruye toda objeción, según las palabras de Bismarck, la mayoría del partido liberal corrió a los campamentos, confiada acaso en que los históricos prestarían su concurso para derribar rápidamente aquel edificio de ignominia y para resolver luego en patriótico acuerdo, todas las cuestiones pendientes. Algunos históricos se declararon neutrales; pero el mayor número voló a buscar la sombra de las desteñidas banderas nacionalistas, demostrando así que nunca habían sido sino ocasionales adversarios por razones de sueldos y posiciones oficiales, y justificando la definición que de ellos había dado poco antes el Dr. Carlos Martínez Silva: “Un histórico —dijo— es un nacionalista sin empleo”.

En plena guerra civil, el 31 de julio de 1900, estalló en Bogotá otra revolución encabezada por el Vice-Presidente Marroquín y por el General Manuel Casabianca, Ministro de Guerra del Presidente en ejercicio, Dr,

Sanclemente, y derribó a éste con el apoyo de las guarniciones militares y del pueblo de la capital. El Dr. Sanclemente fue reducido a prisión y su puesto ocupado por el principal jefe del movimiento, quien declaraba por sí ante sí tener mejor derecho a ocuparlo en virtud de aquel motín.

Una de las razones alegadas para justificar tal movimiento, y la más poderosa, era el deseo de terminar la guerra, juzgándola dirigida contra el señor Sanclemente, y no contra el régimen que él representaba. Si el propósito fue tan noble, ¿por qué no produjo el resultado que era la única defensa de acto tan deplorable a los ojos de la moral?

Toca al señor Marroquín responder ante la historia, si tiene la suerte de no responder ante otro tribunal más cercano y más severo. ¡Él tuvo en sus manos en julio de 1900 la paz de la República, pues el partido liberal lo consideraba como hombre digno, probo y puro; él pudo evitar la muerte de más de cuarenta mil colombianos, y sobre su conciencia lleva la imborrable mancha de ese crimen; él pudo salvar de la destrucción y del incendio más de la mitad de la riqueza de Colombia, y cerró los ojos ante la luz que despedían aquellas llamaradas, y se cubrió los oídos para que no le llegaran los lamentos de las madres, de las viudas y de los huérfanos! Rodeóse este hombre desgraciado de un círculo de energúmenos que parecían poseídos de las pasiones antisociales propias del Enobarbo incendiario de Roma; hízosele creer que él, revolucionario de la peor especie, era el representante de la legitimidad, cuando el Presidente legítimo estaba preso por su orden, y concluyó por olvidarse de que para explicar su conducta desleal, había dicho poco antes que era necesario concluir la guerra y que ello era imposible gobernando el anciano Dr. Sanclemente.

El hecho es que la guerra, después de una pequeña tregua que tuvo por objeto esperar las proposiciones que al partido en armas le hiciera el Sr. Marroquín para concluir el conflicto, continuó con la redoblada intensidad que produce la desesperación. Ninguna proposición se hizo ni se pronunció una palabra que llamara a la concordia. Entre tanto, fue haciéndose el vacío al lado del Vicepresidente. Con muy pocas excepciones, sus copartidarios fervientes concluyeron por separársele viendo que era imposible continuar gobernando con una revolución al frente, cada día más pujante, y un Presidente legítimo preso a pocas leguas de Bogotá, pero vivo y resuelto a no deponer legalmente el mando en manos de su perseguidor y carcelero.

Esa rápida disgregación de las fuerzas que produjeron el golpe del 31 de julio parece que no fue ni ha sido advertida por el más interesado en observar los signos del tiempo. Los claros de sus filas fueron llenados con

hombres ignorantes o de malos antecedentes, y así se ha visto llegar a los Ministerios y a las Gobernaciones a individuos que carecen de capacidad para desempeñar las más humilde corregidurías de aldeas. Y ese grupo de ineptos e ignorantes es lo que hoy gobierna a Colombia. Después de haber aceptado la declaración hecha por el señor don Emiliano Isaza, el día en que el señor Marroquín se apoderó de la Presidencia, que ese día comenzaba la responsabilidad del partido conservador en el Gobierno y que lo *anterior era un interregno de vergüenza que no le pertenecía*, el señor Marroquín ha concluido por admitir también su solidaridad con los del interregno de vergüenza, y muchos de ellos se pavonean ya en los Ministerios, como prueba que todos son dignos hermanos.

Ese ha sido el curso de la política colombiana durante los últimos 18 años, y la situación actual puede resumirse así:

Un Gobierno de *facto* domina en el país por la fuerza de las bayonetas; ningún partido político lo apoya, pues el partido liberal le hace la guerra con las armas, el conservador nacionalista lo repudia como nacido de una traición y el conservador histórico disuelto se compone ya sólo de los empleados públicos y de los jefes militares para quienes la guerra es la mejor de las industrias.

II

El Gobierno absoluto creado por la Constitución de 1886 y perfeccionado por leyes posteriores, no hubiera pasado de ser en Colombia sino un triste y ridículo ensayo, si su implantamiento no hubiera sido coetáneo con el desorden en las finanzas y seguido de cerca por la corrupción que los nuevos manejos difundieron en el país con la rapidez con que el veneno violento de la cobra desorganiza y mata.

Los hombres de escasos quilates, que por desgracia abundan en todas las sociedades, vieron en el río revuelto de la política colombiana una ocasión brillante de improvisar fortunas prestando su apoyo al nuevo régimen y no vacilaron matricularse como servidores que al firmar su carta de vasallaje, deponen para siempre a los pies del amo la voluntad y el criterio.

Para formar y sostener esa opinión artificial hubo necesidad de aumentar los presupuestos en proporciones nunca vistas en el país y ello tenía que implicar un aumento en los impuestos existentes, la creación de otros nuevos y, por último, el empleo del recurso funesto de emitir billetes de curso forzoso sin más respaldo que el nombre y el escaso crédito del Estado.

Después de esos recursos, se ocurrió también a la creación de monopolios oficiales, es decir, se echó mano de todo lo que podía producir dinero con qué satisfacer los apetitos siempre crecientes de los que rodeaban al Gobierno y le prestaban apoyo.

El sistema tributario delineado en la Constitución de 1886 es indudablemente superior al que le precedió, originado de la constitución de 1863, pues según ésta, los Estados que parecían confederados bajo un mismo pie de igualdad, se reservaban la facultad importantísima de crear libremente sus rentas y de establecer sus impuestos, y cedían a la Nación sólo ciertas rentas específicas, como las de Aduanas, Salinas, Correos y Telégrafos y el Producto de los bienes nacionales. La Constitución de 1886, que destruyó el régimen federal, convirtió los antiguos Estados en meros Departamentos administrativos con ciertas facultades para su desarrollo y progreso internos; pero les quitó la de crear libremente sus rentas. La Nación por medio de leyes debía autorizarlos para establecer y cobrar ciertos impuestos, conservando ella el derecho superior de crear los que creyere convenientes y necesarios. A su turno, los Departamentos, por medio de actos legislativos expedidos por sus Asambleas, podían autorizar a los Municipios para establecer y cobrar otros impuestos.

El sistema tributario quedó, pues, constituido en la nación del modo siguiente: impuesto y contribuciones *nacionales*, creados por el Congreso de la República; impuesto y contribuciones *departamentales*, creados por las Asambleas en virtud de autorización legal expedida por el Congreso; e impuestos y contribuciones *municipales*, creados por los municipios en virtud de autorización de las leyes de la Nación y de las ordenanzas del Departamento.

La falta de estadística hace absolutamente imposible averiguar en un momento dado cuál es el gravamen que ha venido soportando cada colombiano desde que se fundó la República. No se ha levantado censo general desde el año de 1870 y por consiguiente, nadie sabe cuál es la población real de la Nación, ni cuál es su riqueza, ni cuál ha sido la rata del aumento de una y otra, ni cuáles las cargas que el contribuyente ha soportado.

Las principales entradas de la Nación han provenido de las aduanas, de las salinas y del degüello de ganado, contribuciones y rentas que han venido produciendo en junto una suma que fluctúa entre diez y doce millones de pesos, en monedas nacional, hasta 1897.

El total de ingresos al Tesoro Público fue, desde 1891 hasta 1895, así:

1891	\$13.557.646
1892	12.465.513
1893	14.038.788
1894	13.273.592
1895	16.242.734

Para un país, cuya población actual será a lo sumo de cuatro millones y medio de habitantes, esas rentas, bien manejadas y aplicadas, han debido ser suficientes para salvarnos de la ruina; pero nadie en las regiones oficiales se preocupó jamás por emplearlas con prudencia y por hacer economías en los servicios públicos, sino al contrario: *le mot d'ordre* parece haber sido siempre derrochar y malversar. Y el desorden en el empleo de los dineros nacionales fue tan notorio, que mientras en muchas partes de la República los sueldos del Poder Judicial, por ejemplo, eran pagados casi puntualmente, o con justificable atraso, en el Departamento de Panamá llegaron a estar hasta dos años sin que se les pagara ni un centavo de sus sueldos mensuales.

El presupuesto de la guerra, que en las administraciones anteriores a 1886 jamás alcanzó a consumir medio millón de pesos anuales en tiempo de paz, fue ascendido hasta llegar en el bienio de 1897 y 1898 a la enorme suma de nueve millones y medio de pesos (en números redondos) o sea más de la tercera parte del presupuesto de rentas, calculado para ese mismo período en \$28.244.000.

En tanto que el Departamento de Guerra ha venido consumiendo parte tan considerable de las rentas, otros ramos, como el servicio de la deuda exterior, fueron completamente borrados de los presupuestos y los intereses de esa deuda, que en los años anteriores a 1886 se consideraban siempre, aún en tiempo de guerra, como una obligación sagrada, han dejado de pagarse en absoluto. Creo no exagerar afirmando que no se pagan desde hace más de veinte años.

La deuda interior, que para ser estudiada requeriría una larga labor, pues son muchas las formas bajo las cuales ha sido contraída, ha aumentado extraordinariamente con los reclamos por servicios no cubiertos, por suministros, empréstitos y expropiaciones reconocidas y por recompensas militares. Ese ha sido uno de los medios escogidos para dar protección a los partidarios del sistema.

Como antes observé, no era posible sostener ese régimen con las rentas ordinarias y hubo necesidad de ocurrir a las emisiones de papel convertible

y la creación de monopolio. El déficit calculado para el período de 1887 y 1888 en \$1,312.016, ya para el de 1897 y 1898 se elevó a \$3.435.489.70, o sea a la octava parte de las rentas. Sin embargo de que para todo hombre de Estado la persistencia de un déficit creciente cada día en los presupuestos del país exige la aplicación del remedio salvador de las economías rigurosas, en Colombia no se empleó tal remedio porque las máquinas litográficas estaban allí tentadoras siempre y siempre prontas a cubrir las deficiencias.

El resultado terrible e inevitable tenía que hacerse sentir pronto, porque no es posible jugar impunemente con las leyes económicas. El papel de curso forzoso emitido principió a depreciarse, y como su poder de cambio vino a menos, el Gobierno tenía que emitir mayor cantidad para obtener el mismo servicio o adquirir el mismo objeto que antes obtenía o adquiriría por cantidad mayor; para esa nueva e inesperada deficiencia tenía que hacer otra emisión que causaba el mismo destructor efecto, agravándose el mal cada día en progresión pavorosa. A la inversa, los impuestos, rentas y contribuciones eran pagaderos según tarifas establecidas por la ley, en el papel depreciado, y el valor intrínseco de esas entradas mermaba cada instante en la proporción en que caía el instrumento de los cambios. Para que el producto de las rentas hubiera podido conservar el valor intrínseco que se le daba en los presupuestos, hubiera sido preciso cambiar diariamente las tarifas para que fueran siempre de acuerdo con las fluctuaciones del papel.

El cambio sobre el exterior, que al principio de implantado el sistema oscilaba entre decenas de puntos a lo sumo, comenzó a fluctuar por centenas en 1899 y ya en 1900 las fluctuaciones eran de miles de puntos.

Esa situación, que puede comprenderse fácilmente con sólo saber que un dollar americano equivale a cincuenta pesos en billetes colombianos, tenía que afectar profundamente el comercio, las industrias todas y hasta la propia vida de la Nación. El crédito desapareció por completo ante las fluctuaciones del cambio, y como estaba y está prohibido estipular en los contratos privados otra moneda que no sea el billete, el comercio ha tenido que elegir la inacción y la bancarrota. Pero como los acreedores del extranjero, apenas se restablezca la paz, exigirán el pago de sus créditos en oro, el día que eso suceda estallará en el país un *krack* tan espantoso y de consecuencia tan funestas, que el ánimo se sobrecoje al vislúbrarlo.

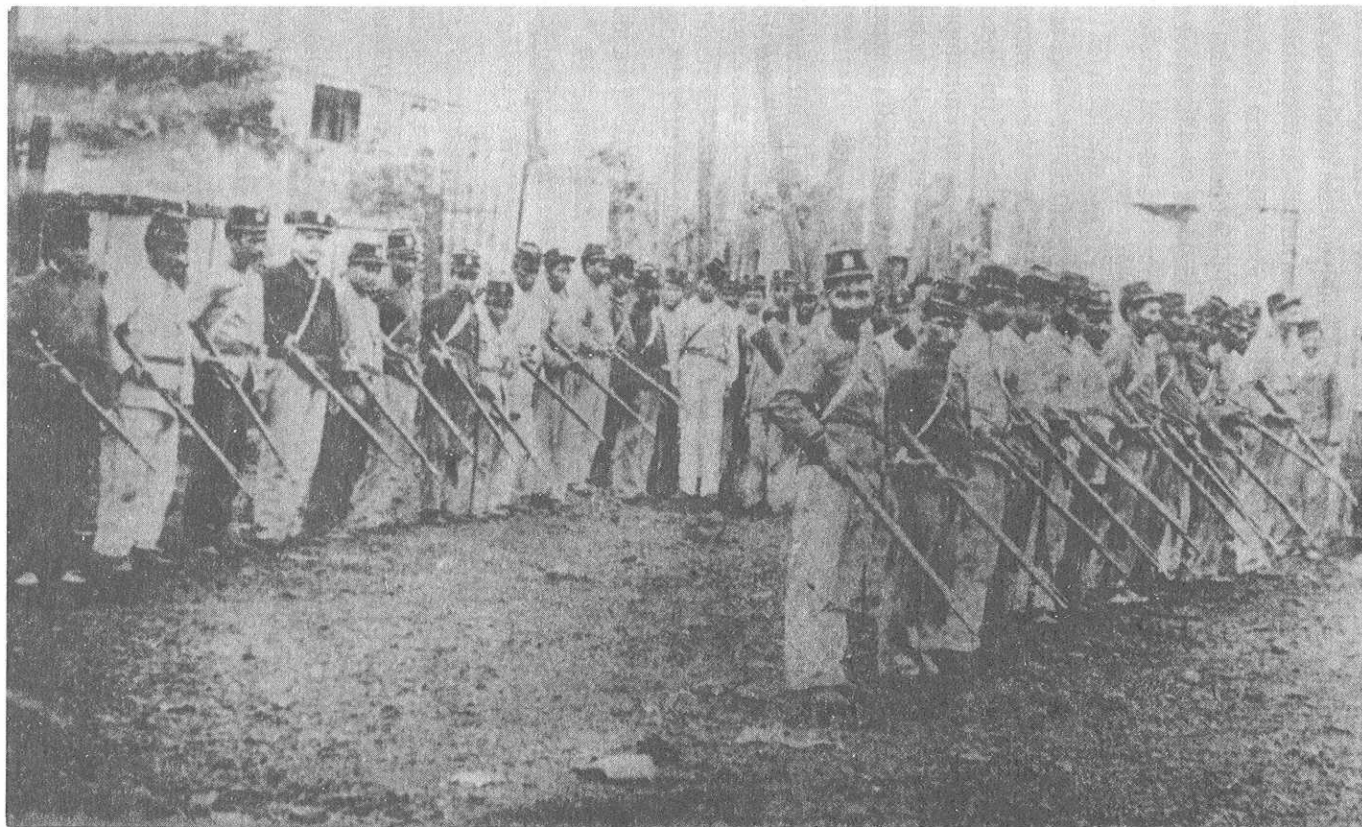
En el fondo de todo problema político hay un problema económico, ha dicho Emile de Laveleye, el célebre publicista belga. Tal sentencia parece afirmarse hoy en Colombia. La guerra que azota el país, ¿no es también un

efecto de malestar profundo que ha agitado a todas las clases, desde el obrero y el agricultor hasta el capitalista y el banquero sin distinción de partido? ¿Y esa agitación intensa no nace de la perturbación económica producida por la moneda y por los abusos de su emisión? ¿Se habría lanzado a la guerra el partido liberal si hubiera habido en el país buena moneda, si las finanzas hubieran estado escrupulosamente manejadas, y si la riqueza pública no se hubiera estado evaporando cada día en manos de especuladores y de gentes sin conciencia?

Una vez concluida la guerra, sea cual fuere su resultado, se sabrá tal vez la magnitud del cataclismo. No es posible decir hoy cuál es el número de millones de pesos emitidos durante tres años de guerra civil pero aceptando como correcto el cálculo de una persona que por algún tiempo fue miembro del actual Gobierno, la emisión ha venido siendo de ocho millones mensuales. Siendo así, el total de lo emitido, sólo durante la guerra se eleva a cerca de trescientos millones.

La crisis, pues, que actualmente atraviesa Colombia es insignificante, comparada con la que amenaza. Para conjurarla se necesita cambio completo de personal, de ideas y de propósitos en el Gobierno del país.

MORALES, Eusebio. *Ensayos Docentes y Diversos*. Impresora de la nación INAC - 0894. Pág. 386



Tropas del Ejército Liberal durante la Guerra Civil de los Mil Días.

La Guerra de los mil días (1899-1902). Sus jefes, su estructura y sus componentes.

CARLOS JARAMILLO.

Con miras a efectuar un análisis estructural del último conflicto del siglo XIX en Colombia -llamado de los Mil Días-, se presentan algunos elementos centrados en torno a la organización guerrillera con que el partido liberal enfrentó a las fuerzas regulares del gobierno, como única alternativa bélica después de la derrota de “Palonegro” en la que sucumbieron sus propias fuerzas regulares.

Después de dar algunas explicaciones sobre las necesidades militares que condujeron a la formación de grupos guerrilleros, en especial por parte del liberalismo y aunque la lucha se extendía a todo lo largo del país, se destacan las regiones donde las guerrillas se convirtieron en la fuerza fundamental de la restauración.

Luego se presenta un análisis de la estructura de dirección de las fuerzas guerrilleras, haciendo un intento de tipologización de los jefes. Se hace también un análisis de las gentes que conformaron los cuerpos de guerrilla, con especial atención a los hombres humildes procedentes del campo principalmente, que ni siquiera sabían por quien entregaban sus vidas. Así mismo se estudia el papel jugado por los indígenas que fueron arrastrados al torbellino de la guerra, especialmente los del Cauca, del Tolima y Panamá. Finalmente se trata del papel desempeñado por las mujeres, tradicionalmente olvidadas por la historiografía bélica nacional, y los niños.

La temática estudiada permite una comprensión cabal de lo que fue el núcleo guerrillero.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene por objeto mirar al interior de algunos elementos constitutivos de la organización guerrillera, con la cual el partido liberal enfrentó las fuerzas gubernamentales durante el conflicto civil en que se

vio envuelta la república de Colombia durante el período que va de 1899 a 1902, y conocido históricamente como: “LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS”.

El esfuerzo que éste implica, no es más que el inicio de uno mayor, con miras a elaborar los componentes que permitan análisis estructurales de los conflictos internos que ha venido padeciendo el país desde su misma independencia. Consciente de que al trabajo presente escapan importantes elementos constitutivos de la guerra irregular, considero, sin embargo, que los tomados como objeto de análisis conforman, en su conjunto, una unidad coherente que bien puede ser presentada como un primer avance de este proceso investigativo.

LA GUERRA DE GUERRILLAS EN LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS

Desde el inicio mismo de la guerra, ingentes fueron los esfuerzos realizados por el ala guerrillerista de la Dirección del liberalismo por desarrollar el conflicto civil en forma de una guerra convencional; esto no fue posible realizarlo sino en sus inicios, y en muy escasa medida ya avanzado el conflicto.

En los comienzos, el liberalismo centró todo su esfuerzo en el ejército formado en Santander, hasta que fue derrotado en el combate de “Palonegro”; después de esto, la guerra convencional quedó relegada a los esfuerzos que en este sentido hizo Uribe en la costa y Cundinamarca, y en especial a los realizados por Benjamín Herrera en la Costa Pacífica y Panamá.

La derrota de los ejércitos liberales, unida a la decisión gubernamental de no aceptar sino la rendición incondicional de las fuerzas liberales; condujo a que este partido se decidiera a apoyar la guerra de guerrillas, que fue la forma de lucha desarrollada en los departamentos del Tolima, Cundinamarca, Santander, Boyacá y el Cauca, existiendo también focos importantes de Mías en Magdalena, Bolívar y Panamá; con lo que queda dicho que la guerra de guerrillas fue la forma fundamental asumida por el partido liberal en la guerra civil, llamada de los MIL DÍAS o de los TRES AÑOS, en Colombia.

EL PAPEL GENERAL DE LAS GUERRILLAS

La formación de fuerzas guerrilleras surgió con los inicios mismos del conflicto, debido principalmente a circunstancias tales como:

a. En la historia bélica nacional las guerrillas siempre han jugado un importante papel, por lo que para algunos sectores políticos el inicio de

hostilidades no implicó cosa diferente de la de combatir como tales. A lo anterior se unió el hecho de que cuando el conflicto se desata existían en el país muchos grupos de irregulares que hablan quedado intactos, en su estructura y armamento, desde la guerra de 1895, la que, por haber sido tan efímera, no permitió su entrada en operaciones.

b. La contradicción existente al interior del liberalismo¹ entre el grupo guerrerrista² y pacifista, cuyos miembros expidieron órdenes y contraórdenes hasta ya avanzado el conflicto, no sólo dividieron y desconcertaron a los liberales, sino que impidieron la preparación de acciones conjuntas³.

Salvo unas pocas excepciones, al grueso del partido liberal, la declaratoria de guerra lo tomó por sorpresa, con lo que, aislados, los jefes locales a lo máximo que pudieron aspirar, en un principio, fue a la formación de pequeños grupos de combatientes.

c. El escaso desarrollo de las vías y medios de comunicación de la república en ese período, no sólo le restaron eficacia a la transmisión de informaciones, para la coordinación del levantamiento, sino que una vez conocido éste, limitaron el desplazamiento de los liberales, aun dentro de sus mismas regiones, obligándolos a organizarse localmente.

La escasez de hombres y la precariedad del armamento disponible determinaron que estas organizaciones tomaran siempre el carácter de guerrillas.

d. Reciente aún estaba la implantación de las reformas contenidas en la Constitución de 1886, con las que se fortaleció el poder central, terminando con los Estados Soberanos, a cuyo amparo habían crecido y hechoso más independientes los poderes locales. Declarada la guerra, el cacicazgo, enraizado profundamente en la estructura de poder, floreció incentivado por el ruido de las armas y despertó celos en los políticos que, queriendo

1. Notables pacifistas liberales eran los doctores: Aquileo Parra, Salvador Camacho, Nicolás Esguerra, Colonge y Camargo.

2. Notables guerrerristas liberales eran: Rafael Uribe Uribe, Ramón Neira, Justo L. Durán, Pablo E. Villar, Cenón Figueredo y Eduardo Padilla.

3. "El 16 de octubre de 1899 llegó a Bogotá, al Guamo, el doctor Deogracias Medina, con el encargo de manifestar a los liberales que en Santander se preparaba para el 18 un levantamiento armado que el liberalismo no debía secundar y que el directorio había mandado agentes para impedirlo, &c.&c., y que aún cuando se estaba en vísperas de una revolución general era preciso abstenerse de todo levantamiento mientras no diera la orden el señor doctor Parra. Estas instrucciones fueron transmitidas a todos los pueblos del centro". (Pérez, 1904: XVI). "El miércoles 24 recibió el doctor Iriarte el famoso telegrama de Directorio Liberal y se retiró inmediatamente de su actitud bélica." (Vesga y Avila, 1914:185).

ser cada uno general de su propio ejército, no facilitaron la formación de grandes concentraciones de hombres, sino la de infinidad de pequeños grupos sin orden ni concierto, y muchas veces rivalizando entre sí. Estos grupos, por la fuerza de las circunstancias que les impedían enfrentarse de manera regular al ejército conservador, hizo que muchos de ellos, a regañadientes, tuvieran que operar como guerrillas.

Así es como, sumadas muchas de las condiciones anteriores, van apareciendo en casi todo el país grupos armados que combaten como guerrillas, estos grupos significaron un gran estorbo para los directores liberales de la guerra, ya que no sólo les restaban poder y unidad de mando, sino que también, al dividir la fuerza liberal en multitud de grupúsculos, estos se veían imposibilitados para atender correctamente sus requerimientos militares.

Era indiscutible entonces, para los estrategas del conflicto, la necesidad de un ejército regular, y por ello lucharon abiertamente hasta que los hechos fueron imponiéndoles una realidad diferente.

Fue así como, después de la derrota de “Palonegro” y de algunas otras en las que fracasaron intentos por constituir fuerzas convencionales, las guerrillas liberales se tornaron en la única esperanza del partido, si no para ganar la guerra, sí al menos para salvar su honor.

Después de destruido el ejército liberal en Santander y las fuerzas de Belisario Porras en Panamá, el partido no volvió a tener un gran ejército constituido como tal⁴. De ahí en adelante, el peso fundamental de la resistencia liberal recayó sobre la organización guerrillera, aunque es necesario anotar que muchos jefes continuaron empeñados en la formación de ejércitos regulares, basándose para ello en la adición de grupos guerrilleros. Recurso éste que condujo a no pocos fracasos, ya que la unidad operativa y de mando así conformada era extraordinariamente precaria y frágil. A pesar de ello, esta fue la forma como operaron los “ejércitos” del Tolima y Cundinamarca. Las contradicciones internas, surgidas entre los grupos con los que por adición se pretendía constituir ejércitos, fueron tan

4 Aunque se hicieron muchos intentos en este sentido por parte especialmente de Vargas, Soto, Herrera y Uribe, muy pocos llegaron a tener el carácter de tales, tal vez el más afortunado y persistente fue el conformado por Benjarain Herrera. El resto, los llamados “Ejércitos” con que contó el liberalismo, no pasaron de ser agrupaciones, algunas veces numerosas, de fuerzas guerrilleras.

persistentes y agudas que jefes voluntariosos y decididos, como Aristóbulo Ibáñez, declarándose incapaces de superarlas, abandonaron la lucha⁵.

Así es como las guerrillas, en una permanente dialéctica entre las grandes agrupaciones operativas y las pequeñas fuerzas tácticas, van sosteniendo el peso fundamental del conflicto y permitiendo que éste se alargue en el tiempo.

En resumen, los grupos guerrilleros, cuando las circunstancias lo permitían, se adicionaban para realizar operaciones de envergadura. Sin embargo, a éstos llamados no concurrían todos los grupos requeridos, ya por resquemores entre caudillos, por voluntad de independencia o simplemente porque no estimaban conveniente abandonar sus áreas tradicionales de operaciones.

Con referencia a la participación de las guerrillas en el conflicto de los mil días, es de advertir que, aunque estas constituyeron el pilar básico de la actividad guerrillera liberal, no fueron éstas un monopolio de dicho partido, ya que el conservatismo también las tuvo.

ZONAS DE OPERACION

Si bien tenemos constancia del aparecimiento de grupos guerrilleros en casi todo el territorio nacional, exceptuando la parte sur y oriental de los Llanos Orientales y la selva amazónica, éstos tuvieron sus centros de mayor persistencia y actividad en los departamentos del Tolima, Santander, Cundinamarca y Cauca, aunque también los encontramos desarrollando alguna actividad importante en los departamentos de Boyacá, Bolívar, Magdalena y Panamá. Pero de todos éstos lugares fue en el departamento del Tolima⁶ y en las regiones de Sumapaz y El Salto, en Cundinamarca,

5 Dentro de este panorama fueron famosas las persecuciones entre las tropas liberales para quitarse sus hombres, tal fue el caso, por ejemplo, de las protagonizadas por las guerrillas de Benito Ulloa y de Cesareo Pulido. (Pérez, 104:207). La desobediencia tampoco fue escasa entre los jefes guerrilleros, destacándose entre ellos Ramón Marín, a quien entre los varios hechos que se le imputan podemos citar: a) Su incumplimiento a órdenes impartidas ayudaron grandemente a la derrota de Soacha (2.11.1902). b) Por no seguir las instrucciones de Ibáñez, pierde Marín en Piedras el valioso botín de guerra conseguido en Honda. c) El 26 de noviembre de 1900, Marín se une a Pulido para efectuar un desautorizado ataque a Cirardot, que no sólo conduce a su derrota, sino que impide la realización de un plan para tomar al cuantioso armamento que el gobierno transportaba de Honda a Bogotá. Finalmente bástenos citar el ejemplo de José Joaquín Caicedo, consentido de Ibáñez, a quien después del magnífico triunfo de Sibaté, éste le encarga copar los pasos de El Rucio", el "Boquerón de Aguas Claras" y el "Paso de Fusagasugá", orden que éste no cumplió y cuya falta condujo al desastre de "Tibacuy".

6 Es de advertir que, para la época de que nos ocupamos, el departamento del Tolima comprendía también los territorios que hoy constituyen el departamento del Huila.

donde las guerrillas de los mil días escribieron unas de sus páginas más destacadas.

Dentro del territorio del Tolima la lucha guerrillera se centralizó a todo lo largo del valle del Magdalena y en la parte central y sur de la zona cordillerana.

SUS JEFES Y SU ESTRUCTURA

Haciendo un intento por establecer una tipología de los jefes de guerrilla, en lo que a su elección se refiere, podemos agruparlos de la manera siguiente:

a. El jefe por designación de la dirección del partido o de sus órganos representativos

Estos son normalmente los grandes jefes de operaciones, hombres de prestancia dentro del partido, ya sea por sus orígenes sociales, por sus recursos económicos o por su importancia política o militar. Muchos de éstos, por fuerza de las circunstancias, debieron hacerse jefes de guerrilla, aunque su designación inicial lo fuera para serlo de ejércitos regulares. Tales el caso de Cenón Figueredo, de Antonio Samper Uribe, de Antonio Suárez Lacroix y de José J. Caicedo R. Otros llegaron a estos lugares de comando adquiriendo prestigio a través de la lucha, imponiéndose a la jerarquía liberal, la que, dadas las circunstancias, les otorga título y les reconoce mando; acción que en muchos casos no era más que la convalidación de unos títulos adquiridos en los campos de batalla y ya reconocidos por los combatientes. Ejemplo de esta última modalidad es el del General de División Ramón Marín Toro; quien llega a ser comandante de las fuerzas del Tolima cuando Aristóbulo Ibañez deja este departamento.

b. El jefe por auto-designación

Fue este un tipo de jefatura muy común dentro del conflicto y fue la utilizada por terratenientes y gamonales que, poseedores de bienes de fortuna y de un número considerable de servidores, arrendatarios o terrazgueros, los organizaron y armaron, auto-proclamándose ellos sus generales. Fue tan frecuente este tipo de jefatura que el general Avelino Rosas, recién llegado de Cuba por Venezuela, y ya en tierras del Tolima, decidió reorganizar las escasas fuerzas liberales, encontrándose para ello con tal proliferación de oficiales, que su proporción era de uno a uno con la tropa, por lo que éste optó por conformar dos batallones: uno compuesto por la soldadesca y otro por la oficialidad. Como medida paliativa contra la reacción adversa de los oficiales dio a este último batallón un rimbombante

nombre; como era de esperarse, los autodenominados oficiales se resistieron a la medida, emprendiendo una campaña de insidias y calumnias contra Rosas, hasta que consiguieron hacerlo abandonar el centro de la república. Al interior del mecanismo de la auto proclamación encontramos dos variantes: una, la de aquellas personas que tenían poder (económico, político, social, etc.) y que con base en él se auto proclamaban; y otra, la de aquellos que lo hacían a expensas de la estructura organizativa de las fuerzas, en las que al ingresar, tanto voluntarios, como conscriptos, se les preguntaba: ¿qué era usted antes? (refiriéndose al grado militar alcanzado por la persona en anteriores conflictos civiles), quedando la respuesta a voluntad de las ambiciones de los inqueridos⁷, con lo que muchos, sin haber jamás tomado un fusil, se hicieron de inesperadas jefaturas de tropa.

c. El jefe por aclamación

Es el clásico jefe de guerrillas. Está conformado este tipo por dos modalidades que podemos sintetizar así: una primera, compuesta ya sea por hombres de carisma o por antiguos combatientes de conflictos civiles a los que, apenas declarada la guerra, sus copartidarios de la región proclaman como jefes constituyéndose ellos en sus seguidores; y una segunda conformada por aquellos combatientes que ingresan a la guerra como simples soldados o con grados inferiores en la milicia y que, actuando con valor inusual, se ganan el respeto de las gentes y se hacen jefes de guerrilla. Como ejemplos de la primera modalidad podemos citar a Ramón Marín, a Talio Varón y a Aristóbulo Ibáñez; como ejemplos de la segunda encontramos a Ramón Chavez, a Sandalio Delgado y a Nicolás Cantor.

El grupo de los jefes por aclamación estaba constituido generalmente por arrendatarios, trabajadores independientes, mayordomos y propietarios de tierras en escasa extensión⁸, y, en menor medida, por simples campesinos y hombres de “pata al suelo”. Todos ellos ligados a las arduas labores del

7 Sobre la aplicación de esta fórmula encontramos la siguiente anécdota: “Recuerdo que al organizar Herrera nuestros cuadros en Burica, había en el grupo de invasores tantos oficiales que ello dio lugar a picante ocurrencia del célebre antioqueño La Puerta. Preguntábele Herrera a cada uno de los del grupo: ¿Ha militado usted, que grado tiene? y cada uno iba contestando según el caso:

—¿Yo?... Yo soy coronel...!

—¿Yo?... ¡Yo soy mayor...!

—¿Yo?... ¡Yo soy teniente coronel...!

Ninguno resultaba ser alférez, ni teniente, pero ni siquiera capitán! y al llegar a nuestro antioqueño: Y usted, ¿qué es usted? preguntó Herrera y con la mayor seriedad contestó:

—¿Yo?... ¡Yo soy mariscal...!” (Porras, 1922:154)

8 O sea, después de los patronos y de los grandes propietarios, los hombres de mayor nivel dentro de la escala social de la ruralía Colombiana.

campo o a la minería, y por tanto, acostumbrados a los rigores del clima y conocedores expertos de la geografía y la naturaleza de sus regiones. Hombres que Gonzalo París Lozano, en su libro *Guerrilleros del Tolima*, describe así:

“Eran hombres de temple recio, acostumbrados a una vida dura, hechos a mirar la escasez y el infortunio frente a frente. Había en ellos algo de innata gravedad estoica, con ribetes de cierto buen humor que destellaba aun en las más apuradas peripecias. Con el mismo ánimo entero en el que participaban en un baile campesino y lograban la moza preferida, ponían su vida en aventura sin alardes ni mohines.

...si no faltaba en ellos alguno que otro mozo bravío, pródigo de su vida y poco cuidadoso de la ajena; si cuando el vértigo de la guerra los hacía parecer criados a los pechos de la locura, llegaban en ocasiones a cometer crueldades, jamás podrían motejarles de delincuentes habituales, ni tenerlos por viles ni desalmados”. (París, 1937:53)

Como se desprende de la descripción hecha por París Lozano, la vida ardua del guerrillero exigía condiciones muy especiales en los hombres, ya que por su dureza sólo era medianamente soportable por aquellos cuya vida transcurría en el campo, por esa vida para la que los peones y arrendatarios, mayordomos y pequeños propietarios, vaqueros y caporales, estaban mejor dispuestos que nadie. Fue de allí que surgieron los más connotados jefes de guerrilla, tales como: Victoriano Lorenzo, Ramón Marín, Cesareo Pulido, Tulio Varón, Ramón Chaves y Aristóbulo Ibáñez, para no citar sino unos cuantos.

Al interior de la organización guerrillera, los letrados y los poseedores de medios de fortuna contaron con ventajas dentro del escalafón militar, ya que siempre fueron ubicados dentro de los Estados Mayores o dentro de la oficialidad de más alta graduación. Su ascenso, por lo demás, fue mucho más fácil que para los hombres elementales del campo, así hicieran gala, estos últimos, de un valor inaudito.

La estructura militar de las fuerzas guerrilleras fue un remedo formal de la establecida para los ejércitos regulares. Los grados eran los mismos y se otorgaban indistintamente de dos formas: directamente por el jefe del grupo, quien por su voluntad, y de acuerdo con las necesidades, realizaba los ascensos que estimara conveniente; o por medio de un aparato específico,

como lo eran los Estados Mayores, cuando la complejidad de las fuerzas requerían su existencia.

La tropa era organizada según el criterio de sus jefes, guiándose para esto más por su voluntad y deseo, que por una referencia estricta a normas establecidas. Así era como se constituían ejércitos que podían estar compuestos por 300 hombres, como fue el caso del efímero “Ejército del Norte”, creado en las cercanías del Líbano por el general Vicente Carrera; o por 2,500 hombres que en un momento dado constituyeron el “Ejército del Tolima”, comandado por Aristóbulo Ibáñez o Ramón Marín. La organización interna de las guerrillas y de las fuerzas que se generaron por su adición, si bien tomaron nombres utilizados universalmente por los ejércitos para este fin, estos tampoco tuvieron como factor determinante el número de sus componentes, puesto que tales divisiones respondían más a necesidades tácticas o de auto-estima, que a una ortodoxia militar.

Los momentos en que la organización militar estuvo más cerca de la de los ejércitos regulares fueron aquellos en los que las fuerzas irregulares se encontraban victoriosas o en un reposo triunfal, momentos en los que no sólo afluían a ellas voluntarios, sino que los triunfos hacían soñar a sus jefes en las posibilidades de comandar un verdadero ejército. En estas oportunidades no solo había esmero por los uniformes, las charreteras, las cintas y los oropeles, sino también por las cajas, las cornetas y las banderas, con lo que la preocupación por ceñirse a las normas de la tradición militar eran buscadas con más obsecuencia.

Los combates y los reveses permanentes, sufridos por los cuerpos regulares del ejército liberal, convirtieron en letra muerta el sentido de estas reorganizaciones, con lo que al poco tiempo de ellas no era raro encontrar, por ejemplo, “batallones” compuestos por apenas 30 hombres, y que seguían existiendo como tales.

SUS COMPONENTES

a. La tropa guerrillera

Las fuerzas guerrilleras estuvieron constituidas de manera fundamental por hombres sin tierra o por pequeños propietarios y colonos, casi en su mayoría iletrados, los cuales llegaron a los campamentos movidos, ya por la voluntad del patrón o del caudillo local, o por la fuerza de las circunstancias y el ciego sectarismo político, ya que el ideario de la dirigencia restauradora era ignorado por el combatiente raso. A este respecto ha pasado a la historia el relato del médico conservador que recogiendo heridos después

de la espantosa batalla de “Palonegro”, y encontrando a un agonizante soldado liberal le preguntaba por la razón de su lucha, a lo que éste respondió que actuaba en defensa de las ideas restauradoras, ideas que el médico le solicitó explicara, teniendo por respuesta del moribundo, la de que éste nunca se había puesto a pensar en cuáles eran y que de verdad no las conocía⁹.

En resumen, fue de los sectores más humildes y llanos de la sociedad, tanto del campo como de la ciudad, de donde se nutrió el grueso de las fuerzas enfrentadas durante el conflicto de los tres años.

Hacia la guerrilla salieron de la ciudad un sin número de artesanos, de desocupados y de servidores sociales en los oficios y menesteres más, humildes, así como también unos pocos estudiantes, comerciantes y empleados de oficina. De los campos, que fueron veneno inagotable de luchadores guerrilleros, salieron los campesinos sin tierra; los olvidados colonos y trabajadores independientes; los negros, que repartieron su servicio entre los batallones del gobierno y las fuerzas irregulares del Cauca y Panamá, el Alto Magdalena y las regiones de la Costa Atlántica; y en fin, los desposeídos indígenas del sur del Tolima, del Cauca y de Panamá.

Joaquín Tamayo caracteriza así a este combatiente de las guerrillas:

“El guerrillero fue la representación viva del sentimiento individualista y atrevido del Colombiano, hijo de la tierra adquirió esa destreza peculiar del campesino para solucionar peripecias y contratiempos, que no es maliciosa picardía sino conocimiento de los recursos de la naturaleza. Desconfiado por necesidad, hablador de sus hazañas, guapo y enamorado sempiterno, inculto por lo alto, dejó en la mente popular fama legendaria, que confundida en el escenario de sus andanzas de boca en boca enredada en reminiscencias mentirosas o verídicas, pero siempre acogidas con agrado.

El arrojo del guerrillero, distintivo de su carácter díscolo, lo empujó a la contienda al igual que a una fiesta azarosa, y en la innegable maestría que demostró para andar y desandar caminos, sufrir penalidades y acometer al enemigo, se sobrepuso a sí mismo con alardes de hombría, que no ocultaron su crueldad. Sujetos de índole apacible en la paz de los campos no lograron ni intentaron

9 Dentro del campo conservador es más frecuente encontrar expresas las razones de la lucha, aun entre los guerrilleros y soldados rasos, quienes fueron movidos por argumentos tales como lo de que la lucha era necesaria para combatir el ateísmo, la masonería, el librepensamiento, y en fin, que la guerra era una cruzada en defensa de la sociedad cristiana y de su fé.

sofrenar impulsos de machos, al escuchar los disparos y cruzar por sus ojos el resplandor de los machetes; voluntariosos y agresivos salieron del rancho sin mirar a la compañera de su pasado... cabalgaron sobre el jamelgo que era su tesoro y razón de vivir, y a galope tendido, con sus trapos prestados, la divisa roja prendida en la corroasca mugrosa y el machete afilado como navaja de barba, incendiaron el llano y arrasaron los montes. Hechos a correr jornadas de muchas leguas por en medio de barbechos y pajonales, sin recurso a la sed y el cansancio, caminadores por senderos y trochas empinadas sin abrigo contra la lluvia, el hambre, el sol, seducidos por el toque destemplado de las cornetas alistándose en pos de los caudillos, con el ánimo de gritar, herir, beber de jolgorio en jolgorio, de pelea en pelea, burlando a las hembras con desenfado, en persecución de los hombres con entusiasmo viril, no exento de alarde aventurero.

En el horizonte natural que forman los llanos de Amabalema y la región quebrada de Cundinamarca, el guerrillero campesino o peón de vaquería acostumbrado a soportar sin queja las fatigas y sobresaltos de una existencia infeliz, buscó ocasión propicia para lucir sus habilidades de jinete, su fortaleza, y sobre ella su rebeldía a toda ley, que no fuera hechura de su capricho y demostración de poder.” (Tamayo, 1957:135).

Como era de esperarse, el estallido de la guerra condujo a los campamentos, arrastrando indistintamente tras las banderas de la restauración o de la legitimidad, a las clases sociales y a los grupos étnicos sobre cuya explotación se había realizado el escaso desarrollo nacional. Fue así como los negros de Panamá, del bajo Magdalena y de las costas de los departamentos de Bolívar y el Cauca, prestaron prontamente su concurso para engrosar las fuerzas gubernamentales con temibles batallones, como aquellos de macheteros provenientes del Cauca, o las de la guerrilla, que en manos de sufridos capataces, o peones de hacienda, no pocas veces asumieron el carácter de una lucha de clases, donde los explotados, tomando la justicia de su mano, la aplicaron con sevicia a sus antiguos patrones.

b. Los indígenas: Los cholos y sus jefes

Los indígenas conformaron otro gran núcleo cultural y étnico con que de manera significativa se nutrieron las fuerzas contendientes, especialmente en la forma de guerrillas, hacia la que por tradición estaban dispuestos y de la que manejaban con maestría sus tácticas.

La participación indígena podemos ordenarla de la manera siguiente:

1. Como grupo social, con dos modalidades:

– Como unidades combativas, formando sus propias guerrillas; con la característica de que éstas actuaron como grupos de auto-defensa, ya que operaron exclusivamente en sus áreas culturales y económicas¹⁰.

– Como unidades de apoyo, facilitando sustento logístico y colaborando como informadores y mensajeros.

2. Como combatientes independientes.

Este papel fue desempeñado por indígenas que de manera individual se ligaron a las fuerzas contendientes, presentando, como una de sus características homogenizadoras, la de hallarse profundamente desarraigados de su pueblo.

Las fuerzas liberales fueron las que en una proporción mayor captaron las simpatías de los indígenas, las más de las veces a cambio de promesas sobre modificaciones en las cargas impositivas, en el reconocimiento de tierras usurpadas a sus resguardos o en la restitución de poderes y dignidades perdidas; fue así cómo estas fuerzas lograron la colaboración de los indígenas de Coyaima, Natagaina, Chaparral, Ortega, Aipe y Organos, quienes dieron a los liberales apoyo logístico. Algunas agrupaciones indígenas de las mismas regiones hicieron lo propio con los conservadores. Su participación se limitó a la de establecer una eficiente red de espionaje en la que colaboraban todos los miembros de la comunidad, sin distinguir alguno de edad o sexo.

Los indígenas del Cauca, especialmente los de la región de Tierra dentro y la zona andina, fueron más beligerantes y formaron combativas fuerzas guerrilleras que operaron mayoritariamente al lado de las banderas liberales, dentro de ellas se destacaron personas tales como: Narciso Valencia, Manuel María Camacho acamachito”, Salvador Hoyos, Ismael Erazo, Lázaro Angulo, Ismael Ayerve, Manuel José Chicanganá.

La fuerza de indígenas más considerable lograda por los liberales en el Cauca fue la que operó al mando del general Leonidas Ayerve, que sumó unos 500 hombres.

10 Comportamiento similar asumió la población negra de la costa norte del país, a la que era imposible hacer salir a combatir fuera de sus áreas socio-culturales. Quienes más se quejan de esta actitud son los generales Uribe Uribe y Víctor M. Salazar.

El concurso de los indígenas al lado de los conservadores tuvo sus más destacados exponentes en el capitán Chango, en el comandante Mateo Acué, en el comandante Manuel Mañozca y en el general Francisco Gueinás.

En Panamá tenemos el ejemplo de los indígenas Cholos, quienes dirigidos por su gobernador: Victoriano Lorenzo, condicionaron su participación, al lado de las fuerzas liberales, al cumplimiento de las promesas hechas por Belisario Porras, de que una vez concluida la guerra, y victorioso el liberalismo, se les rebajarían los impuestos a que estaban sujetos, así como también se les mejorarían las condiciones generales de vida. (De la Rosa, 1939:104./ Porras, 1922:204).

Las fuerzas de Lorenzo se organizaron como guerrillas y, con su jefe convertido en general, acosaron a los ejércitos del gobierno y permanecieron invencibles hasta el fin de la contienda. De Panamá, hasta el presente no poseemos información alguna de que fuerzas indígenas, como tales, pelearan al lado de los conservadores.

c. Las mujeres

Un solo autor, dentro de la innumerable cantidad de memorias, estudios y documentos con que contamos sobre la guerra de los mil días, ha tratado de hacer justicia a las mujeres, dedicándoles algunas páginas y anotando algunos nombres. El resto, desde los contemporáneos del conflicto, hasta los modernos investigadores, han pasado por encima de su memoria, haciendo de la guerra una actividad de hombres, en la que, a juzgar por sus escritos, estas no tuvieron mayor participación.

El estudio detenido de la documentación existente, combinado con el método de la entrevista, nos ha mostrado que la realidad es otra, y que en ella las mujeres jugaron un papel casi tan importante como el de los hombres.

La única actividad desempeñada por la mujer en la guerra que ha recibido algún reconocimiento es la de compañera sentimental de los combatientes. Las “juanas” o “cholas”, como popularmente se les conocía, eran mujeres que compartían las vicisitudes de la guerra marchando en pos del hombre de su cariño hasta los propios campos de batalla. En el común de los casos el carácter de las relaciones que con estos sostenían era efímero, ya que la aureola mítica, que como una sombra se adhería a la figura del guerrillero, así como su misma actitud hacia la vida y el amor, los hacía cambiar fácilmente de compañera. Muchas fueron las mujeres que de manera fugaz pasaron por la vida de Ramón Marín, de Tulio Varón, de Vidal Acosta o de Nicolás Cantor.

A manera de síntesis de la información analizada podemos decir que la mujer participó activamente en el conflicto, destacándose en el desempeño de las siguientes funciones:

1. Como elemento de apoyo.

Como mensajeras e informadoras. El respeto un poco caballeresco que en la época existía por la mujer, les permitió una mayor movilidad, facilitando su desplazamiento por campos y ciudades, convirtiéndolas así, de manera inmediata, en hábiles instrumentos para el espionaje, la conducción de mensajes e informaciones militares y políticas, y el transporte de armas y drogas. Estas actividades fueron tan difundidas entre las mujeres, que en varias oportunidades las fuerzas gubernamentales decidieron hacer redadas indiscriminadas, donde eran conducidas a prisión todas las mujeres encontradas durante la operación. Un claro ejemplo de esta lucha contra la actividad femenina fue la gran redada que hizo el general Aguilar en la que, en vísperas del combate de “La Rusia” y para acosar a las fuerzas de Tulio Varón, tomó prisioneras a todas aquellas encontradas en las zonas de las haciendas de “Colombia”, “El Paraíso”, “El Verdal”, y el llano de «El Limonar” (París, 1982:86).

Como suministradoras de productos alimenticios y de materiales bélicos y de sanidad. La consecución de la sal, elemento fundamental para la conservación de carnes, para la preparación de caldos, para la lucha contra la deshidratación y para fines medicinales y terapéuticos, pudiéramos decir que fue una labor desarrollada básicamente por las mujeres. En cuanto hace al suministro de armas y bestias algunas pudientes matronas y prósperas hacendadas, sacrificaron gran parte de sus fortunas en hacerlo. En esta actividad ganó puesto de honor la rica señora Adriana Camargo de Albarracín, quien no sólo puso a uno de sus hijos al servicio de la revolución, sino que desarrolló una fructífera actividad comprando armas y municiones a los desafectos del gobierno.

Ejemplo de este esfuerzo desarrollado por las mujeres, para contribuir en el acopio de material bélico o en la fabricación del mismo, es el realizado por las damas liberales de Neiva, quienes impusieron la moda de nitrar las carnes, como único medio para conseguir, sin sospechas, el preciado químico que tanto requerían los liberales para fabricar su pólvora. Este nitro, en manos de Florencio Duarte se convirtió, en las montañas cercanas a Natagaima, en un remedo de pólvora, que si bien en la práctica no sirvió para matar, sí fue útil para sostener la moral combativa de los guerrilleros, quienes a pesar de la ineficacia de sus cartuchos, con ellos en la cintura, se

sentían armados y con capacidad ofensiva (Pérez, 1904:19-20). Haciendo llegar balas y pólvora a los liberales fue que una mujer, llamada Estela, se ganó el honorífico remoquete de “La Providencia Revolucionaria de Purificación” (Pérez, 1904:21).

Fue espectáculo frecuente durante el conflicto el de ver a madres e hijos, confundidos en los lugares en donde se habían librado recientes combates, haciendo acopio de vainillas para su posterior recalce. En el oficio de organizar las mujeres para recolectar municiones se destacó en Ibagué Ascensión Guzmán, esposa de general Ramón Chaves, quien no pocas veces recibió sus envíos acompañados de notas en las que su esposa le decía: “Ahí le mando estas pildoritas para que se mejore”. (Chavez Rebeca: entrevista).

Otra actividad en que se destacaron las mujeres fue en la de la consecución y suministro de drogas y materiales de sanidad, práctica en la que llegaron a hacer escasear en los hogares las sabanas y la ropa blanca de algodón, cuando estas fueron deshilachadas para convertirlas en gasa que salía inmediatamente para las zonas de combate. La actividad de las mujeres no se limitó en el área sanitaria, a la consecución de drogas e implementos afines, sino que les correspondió, así mismo, apelar a sus conocimientos de botánica, de medicina popular, y a los secretos de la alquimia hogareña, con el fin, ya de sanar heridos y enfermos o simplemente de mantener la esperanza de los moribundos. La abundancia de las heridas con destrozo y de los cortes con arma blanca, las obligó a hacerse maestras en el cuidado de cortadas, de infecciones, en el manejo de los torniquetes y en la aplicación de emplastros de hojas de “Santamaría” para contener las hemorragias. Con frecuencia las mujeres convertían sus ranchos en lugares de convalecencia, en donde a su cuidado quedaban tanto los heridos de guerra como los delirantes hombres atacados por el paludismo, la cuartana y la fiebre amarilla.

Estas mujeres, a más de acompañar al guerrillero en sus noches, eran quienes les preparaban la comida, les lavaban la ropa, atendían sus necesidades cotidianas, curaban sus heridas y les velaban en su agonía.

2. Como combatientes.

Aunque no fue lo corriente, ni tampoco la razón más generalizada de su participación en la guerra, las mujeres no estuvieron ausentes de las líneas de fuego. Allí, armadas como cualquier guerrillero, y mostrando más valor y decisión que muchos de ellos, se jugaron la vida y no pocas veces la perdieron.

Aún hoy los viejos de Ambalema recuerdan con orgullo a la compañera de Nicolás Cantor, Ester Quintero, capitana de las fuerzas restauradoras. De ella se cuenta que viendo que fracasaba la toma de Honda por los grupos combinados de Marín y Varón, se pone a la cabeza de un escuadrón con el que trata de copar las posiciones enemigas, intento en el que muere en el “Alto del Rosario”. Se dice que el dolor de su pérdida fue el que decidió a Marín a ordenar, pasando por encima de sus convicciones religiosas, el incendio de la iglesia de Santo Domingo, donde se hallaban atrincherados los conservadores, con lo que se consuma una victoria hasta ese momento indecisa.

Luchando con el mismo valor y tezón de Ester Quintero fue como se ganaron el aprecio y el respeto de los contendientes, mujeres como: Candelaria Pachón, combatiente del Batallón Gaitán, muerta en la batalla de Terán; Carmen Santana, quien por su grado de capitán fue conocida como “La Capitana”; Ana María Valencia, abanderada del Batallón Pamplona, muerta en “Palonegro”; Blancina Ramírez, combatiente del Batallón Vigías de Gualanday.

Ahora, como simples guerrilleras que se jugaron la vida con valor en múltiples combates, encontramos los nombres de: Natalia Galindo, Ercilla Zorrillo, Luisa Guzmán, Rosa Vera, María Luisa, Mónica y Saturnina Higuera, Eulogia Chaparro, Carmen Galindo, Virginia Alonso y “la seca Lucinda”, entre cientos de otros nombres que nadie se preocupó por conservar.

Como ya dijimos, fue Carlos Chaparro, en sus memorias de la guerra tituladas: *Un soldado en campaña*, el único que ha tratado de hacer un poco de justicia para con las mujeres en la guerra que aquí nos ocupa. De él extractamos los párrafos siguientes, que son clara muestra de cómo eran y se comportaban las hoy anónimas mujeres combatientes:

“Observé que el capitán de la compañía, en la cual me incorporé, era un joven de veintidós años, mas o menos de aspecto interesante, de estatura regular y de mucho coraje: a su lado marchaba una linda joven de cuerpo esbelto y mirada franca, escrutadora; parecía insensible a la permanente amenaza de las balas y cuando sentía el silvido de los proyectiles muy cerca de sí, aparecía en sus labios una graciosa sonrisa y su semblante se cubría de grana... En una de esas retiradas por entre la mancha (hace referencia a las manchas constituidas por las matas de monte en los antes áridos llanos del hoy departamento de Huila) notamos que el capitán nos había

abandonado, no supimos si involuntariamente; pero la joven allí venía, aunque se comprendía fácilmente en su semblante, alguna contrariedad. Las balas silvaban y ya íbamos a llegar al otro extremo de la mancha para tomar la pampa, cuando al brincar la cerca de piedra para salir de la mancha se presenta a nuestros ojos el cuadro más desgarrador ¡el cadáver del capitán yacía en tierra, despedazado a lanzasos: lo grave era la llegada de la joven! pero esta sorpresa no se hizo esperar; ella, animando el hermoso caballo que montaba, brincó la cerca y en el acto estuvo al lado del capitán, pero no como esperábamos todos, que estallarían en gritos y llantos, no; ella se desmontó y fue donde se hallaba el cadáver del capitán; lo contempló por un momento y luego le tomó la cartera y la guardó; le tomó el revólver, se lo cintó; el machete se la terció; luego tomó la carabina y también se la terció; dio un beso al cadáver, y, volando sobre su caballo nos gritó: muchachos, ¡ayúdenme a vengar la muerte del capitán!, carguemos por aquí, y nos señalaba la mancha de monte de donde nos acababa de desalojar el enemigo; a su voz, todos esos soldados intrépidos, adueñados de la situación, cargaron con tal furor, que allí no hubo poder humano, se obligó al enemigo a abandonar la mancha. Ese grupo de valientes capitaneados por una heroína, se lanzaron a la pampa en persecución de los soldados de la traición, los cuales se fueron replegando hasta que llegaron a la otra mancha y allí se atrincheraron en la cerca de piedra; los soldados liberales en la pampa y los esbirros atrincherados, nuestra heroína hacia fuego al enemigo, ya con el revólver, ya con la carabina, y nos gritaba a todo pecho: ¡Muchachos, sobre la trinchera! Todos a una vez, y como un solo hombre, volamos sobre las trincheras y allí fue la lucha cuerpo a cuerpo... Nuestra heroína animaba a los combatientes, hasta que los esbirros del gobierno no estuvieron fuera de la mancha. Como ya era aventurado salir de ella en persecución del enemigo... entonces con tono militar nuestra heroína gritó: Muchachos, ya está vengada la sangre del capitán, fuego en retirada, hacia Campoalegre. Nuestra heroína se quedó en Campoalegre, y por informaciones que allí recibimos, supimos que era de nombre Elisa y natural de aquel lugar.” (Chaparro, 1936:19).

También dentro del campo militar algunas mujeres fueron objeto de encargos o misiones especiales, como aquella, cuyo nombre hoy ya nadie conserva, que fue enviada por el gobierno a fin de que con sus encantos

sedujera el ardiente corazón de Ramón Marín, y posteriormente lo matara; la misión de esta moderna “Judith” fracasó cuando Marín, enterado de sus propósitos, la tomó prisionera para luego hacerla fusilar en la ciudad de Ambalema.

El carácter de clase fue muy notorio en lo que a la participación de las mujeres se refiere. Sin excepción todas las combatientes y las compañeras de los guerrilleros fueron mujeres campesinas o pueblerinas de baja extracción social, y casi ninguno de ellos fue acompañado en sus operaciones por su esposa legítima o por aquella con quien vivía en los tiempos de paz, para ellas quedó la responsabilidad de los hogares abandonados. Las mujeres humildes fueron las que pusieron carne y sangre en el conflicto; para las señoras de alcurnia, ubicadas en las poblaciones, quedó la militancia como elementos de apoyo en la consecución de drogas, en algunos casos de armas e informaciones, así como los medios para transmitirlos a los combatientes.

d. Los niños

En casi todos los conflictos civiles de nuestra historia los niños y los jóvenes se han visto envueltos por los acontecimientos que, como un torbellino, los arrastra conduciéndolos a la lucha. En este aspecto la guerra de los mil días no fue una excepción.

Llevados por el deseo de servir a su partido —o mejor dicho, el de sus mayores— casi todo un curso escolar de niños se escapa de sus hogares y marcha a pie desde Bogotá hasta Honda, para unirse a las fuerzas liberales en la guerra de 1895; de igual manera, al declararse el conflicto, el fenómeno se repite y a los campamentos afluyen infinidad de infantes. La participación de éstos se incrementó por los mismos estragos de la guerra, empujándolos al conflicto sea por deseos de venganza, sea por ardencia juvenil, o por la obsesión de estar cerca de sus ídolos o por la proliferación de huérfanos y abandonados.

La participación de los niños en las actividades bélicas fue práctica igualmente socorrida por liberales y conservadores. Una prueba gráfica de ello fue la fotografía publicada en Europa por un periódico francés en la que aparecen dos niños uniformados y pertrechados con gigantescos fusiles Grass, pertenecientes al ejército conservador. (Dicha foto ha sido recientemente reproducida en el libro *Historia de la fotografía en Colombia*).

Dentro de las fuerzas contendientes los niños eran presa codiciada, ya que los oficiales se los peleaban para emplearlos como ordenanzas por lo fáciles de manejar y lo diligentes que eran, a más de que en la hora de los

combates se constituían en apreciados mensajeros y hábiles luchadores, exhibiendo en ellos un coraje y un inaudito desprecio por la vida. Cumplían así mismo con eficiencia las misiones más peligrosas, y no era raro verlos, impávidos, pasearse en pleno combate por el área más mortífera de la línea de fuego, repartiendo municiones.

La importancia de los servicios prestados por los niños fue tan destacada que, en términos generales, los contendientes hicieron abstracción de la filiación política de la que provenían, reclutándolos o recibéndolos en sus filas de manera indiscriminada. A este respecto tenemos el testimonio de quien siendo de reconocida familia liberal, y teniendo escasos 12 años, es reclutado por fuerzas conservadoras que lo hacen ordenanza de su comandante.

De acuerdo a lo testimoniado y leído, podemos afirmar que los niños tomaron su participación en la guerra como parte de un nuevo juego al cual buscaban sacarle todas las ventajas. Era para ellos motivo de júbilo y diversión salir en avanzadas, porque lo hacían a caballo y podían gozar montados en ellos correteándolos por los desolados potreros; así mismo las salidas a buscar alimentos, que muchas veces implicaba la cacería de gallinas, pavos y cerdos, constituía de por sí un verdadero carnaval.

El cargo de ordenanza de los comandantes era una de las máximas ambiciones de los infantes, ya que a más de ser un trabajo descansado, su título les confería respetabilidad y poder que ellos utilizaban a sus anchas para cometer pilatunas dentro y fuera de los campamentos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO Academia Colombiana de Historia.
ARCHIVO Biblioteca Nacional de Colombia.
BELTRAN, Habacuc.
1902 *Abandono de Quetame*. Bogotá, Imprenta Nueva.
CABALLERO, Lucas.
1980 *Memoria de la guerra de los mil días*. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana.
CARLES, D. Rubén.
1950 *Horror y paz en el istmo 1899-1902, Panamá*. Panamá, Editorial Panamá América.
COCK, Jess.
1946 *Memorias de un coronel recluta*. Medellín, Editorial Bedout.
CORAL, Leonidas.
— *La guerra de los mil días en el sur de Colombia*. Pasto, Editorial Nariño. s.f.

- CHAPARRO M. Carlos J. .
1930 *Un soldado en campaña, recuerdos de la guerra 1899-1902*. Tunja, Imprenta Departamental.
- GOMEZ, Andrés.
1917 *Recuerdos de la guerra 1899-1902*. Bucaramanga, Taller Gráfico.
- FLOREZ A. Leonidas.
1938 *Historia militar de Colombia. Campaña de Santander 1899-1900: guerra de montaña*. Bogotá, Imp. E.M.G.
- GRILLO, Maximiliano.
1903 *Los ignorados. Crónica de la guerra*. París, Librería Paul Ollenoorff.
1934 *Emociones de la guerra*. Bogotá, Casa Editorial Santa Fé.
- GUERRERO, Julio C.
1940 *Guerra de guerrillas*. Bolivia, Esc. Tip. Salesiana.
- GUZMAN, José Joaquín.
1902 *Decretos legislativos expedidos durante la guerra 1899-1902*. Bogotá, imp. de Vapor.
- LATORRE, Benjamín.
1938 *Recuerdos de la campaña 1899-1902*. Bogotá. LA ROSA, Domingo.
1940 *Recuerdos de la guerra (1900-1902)*. Barranquilla, Imp. Departamental.
- LAMUS, Ramón.
1911 *Sinceridades: recuento histórico de la guerra de 1899 a 1902 y porvenir del partido liberal*. Bogotá, Imp. Eléctrica.
- MANRIQUE, Ramón.
1947 *La Venturosa*. Bogotá, Imprenta Kelly. MASUERA Y MASUERA, Aurelio.
1938 *Memorias de un revolucionario*. Bogotá, Editorial Minerva.
- MATAMOROS, Rafael.
1902 *Informe del general jefe del F.M. del ejército del norte sobre la campaña de oriente y Sur de Cundinamarca*. Bogotá, Imprenta de Vapor.
- NAVIA, Estanislao.
1908 *La Revelión*. Popayán, Imprenta La Tarde. OTERO D. Enrique.
1905 *Dianas tristes*. Barranquilla.
- PALACIO, Julio H.
1942 *Historia de mi vida*. Bogotá.
- PARIS. L. Gonzalo.
1937 *Guerrilleros del Tolima*. Manizales, Casa Editorial Arturo Zapata.
- PEREZ, Eduardo.
1983 *La guerra irregular en la guerra de la independencia*. Tunja, Imp. Universidad de Tunja.
- PEREZ S. José Manuel
1904 (compilador) *La guerra en el Tolima*. Bogotá, Imprenta Eléctrica.
1938 *Reminiscencias liberales 1897-1937*. Bogotá.

- PINEDA C. Manuel A.
1939 *Efemérides de la campaña del general Uribe Uribe en Bolívar*. Cartagena, Editorial Bolívar.
- PORRAS, Belisario.
1922 *Memorias de las campañas del istmo 1900*. Panamá, Imprenta Nacional.
- PUYO, Rafael.
1902 *El guerrillero Monroy*. Bogotá, Imp. de la Luz. RUEDA, R. Eduardo.
1950 *Palonegro y la guerra del 99 en Santandén*. Bucaramanga, Editorial M.A. Gómez.
- RODRÍGUEZ, Bernardo.
1934 *Mis campañas 1895-1902*. Bucaramanga, Tipografía Renacimiento.
- SALAZAR, Víctor M.
1946 *Memorias de la guerra*. Bogotá, Ea. A.B.C.
- ROBLES, Juan Lázaro.
1946 *Recuerdos de la guerra de los mil días en las provincias de Padilla y Valledupar y en La Goajira*. Santa Marta, Tipografía Escofet.
- SILVESTRE, Eduardo.
1928 *Efemérides de la guerra de 1899*. Bogotá, Tipografía Augusta.
- TORRES, G. Ignacio.
s.f. *Los inconformes*. Tomo 2. Bogotá, ed. Latina.
- URIBE U., Rafael.
1904 *Documentos políticos y militares relativos a las campañas de general Rafael Uribe Uribe*. Bogotá, Imp. de Vapor.
- VARIOS.
1908 *Documentos relativos a la campana de Aguadulce en los meses de junio, julio y agosto de 1902*. Ccuta, Tip. Liscano.
1983 *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero.
s.f. *Documentos sobre la guerra de los mil días y sobre el canal de Panamá*. s.p.i.
- VELAZCO, Donaldo.
1936 *La guerra en el istmo*. Bogotá. VESGA Y AVILA, José María.
1914 *La guerra de los tres años*. Bogotá, Imp. Eléctrica.
1912 *Las campañas militares del general Herrera*. Bogotá, Imprenta Electrica del Siglo.
- VILLAMIZAR, Vicente.
1903 *Para la historia. Campaña del norte de Santander*. Bogotá, Imp. de Luis Olguín.
- VILLEGAS, Agulino.
s.f. *El fin de una leyenda*. s.p.i.
- VILLEGAS, Jorge y YUNIS, José
1979 *La guerra de los mil días*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

CAPÍTULO SEGUNDO

2. LA CAMPAÑA DE BELISARIO PORRAS COMO JEFE CIVIL Y MILITAR DE LA REVOLUCIÓN EN EL ISTMO



Belisario Porras

Expedición al Istmo

DR. BELISARIO PORRAS.

A mediados de Marzo de 1900, estaba visto ya que no dispondríamos de un vapor comprado ni fletado para la expedición, y el mismo don Fernando Sánchez tuvo que considerar, no obstante sus inagotables artificios, como cosa imposible el prolongar por más tiempo el espejismo que hacía surgir a nuestra vista, cada vez que lo apremiábamos para que nos consiguiera uno. Los cablegramas a Corea con el perentorio *cómprese un buque* de tal precio y tales dimensiones, o *flétese un transporte hasta por tres meses*, no podían repetirse ni era hacedero infundirnos la creencia, una vez más, de que aquel buque se hallaba ya de viaje o de que estaba tomando el carbón necesario para ponerse en camino.

Alentado por las esperanzas que en mí forjaban semejantes patrañas, no sólo había retenido en Managua a los copartidarios que habían venido en mi busca, sino que había llamado a otros de diferentes partes, y sus exigencias conmigo tenían que redoblar las mías con Sánchez y con el General Zelaya. Afluían las mismas de New York, de Guayaquil y de Panamá, y supongo que a esos señores no les quedaban explicaciones y evasivas; como el guerrero indio que se batía en retirada con el *carcaj* exhausto de flechas, en el espíritu ductil de ellos no hallaban que oponer para defenderse de mi tenaz representación. La crisis era aguda y el General Zelaya la resolvió al fin. Por conducto del doctor Eusebio A. Morales, que fue a verlo, me hizo saber a mediados de Marzo que estaba decidido a darnos el auxilio prometido y que podíamos contar con “La Momotombo” para el viaje.

Por esto no más de facilitar “La Momotombo”, podía verse que la expedición no se emprendería por el Norte, sobre las costas del Magdalena o de Bolívar, porque era en Corinto, sobre ese mar, donde estaba surta dicha cañonera.

Desde el principio me había inclinado a que la expedición se realizara sobre el Istmo, pero no lo decidí yo así, ni lo impuse. El doctor Foción Soto era opuesto a tal expedición y me lo hizo saber por conducto del doctor Renjifo y directamente por carta de 17 de Febrero. Me decía así:

“Quedo enterado de sus proyectos sobre Panamá, y me parecerían superiores si no mediasen, para dejar de ejecutarlos, consideraciones muy superiores de otro orden y que a su inteligencia no se escapan. No desconozco de ninguna manera la conveniencia de que la revolución se adueñara de la mayor parte del Departamento, y las grandes ventajas que el Gobierno tiene en hacer uso del Istmo y nosotros no; pero todo esto me parece poco delante del temor de nueva intervención yankee en nuestros asuntos domésticos, y no quiero que el partido cargue jamás con la responsabilidad de haber hecho lo mismo para que nuestro territorio se desmembre, y esto en la parte más valiosa de él. Querrá decir que soy más patriota que revolucionario. Distinta sería la cosa si ya estuviéramos triunfantes en todo el país, pues como Gobierno no podían meterse los yankees sin que los llamásemos”.

No era don Foción Soto el único opuesto a que la expedición se hiciera sobre el Istmo; Alfaro y Sarmiento participaban de sus temores, seguramente porque aquél les hizo conocer su pensamiento, y lo aceptaron sin examen y sólo porque los antecedentes de un conflicto en Panamá, habían estado llenos de complicaciones internacionales. Alfaro me envió sus indicaciones por conducto de don José Lapiere, adicto amigo nuestro, y por el del doctor Renjifo, quienes emplearon el cable y el correo para mayor seguridad. Me decía:

“La ocupación de Chiriquí no tiene importancia política ni militar, y, al contrario, creo que la expedición se pone en peligro de ser atacada por “La Boyacá,” buque construido con las condiciones necesarias para la guerra. La ocupación de Panamá sería de utilidad inmensa; pero como no está reconocida la beligerancia del Gobierno provisional de Colombia, se expondría también la expedición a que cualquier buque extranjero surto en el Golfo, la aprese, declarándolo pirata. Sería temeridad punible sujetarse al capricho de la marina extranjera, amagar siquiera a Panamá.

Las instrucciones dadas desde Santander son acertadas y las únicas que pueden ejecutarse. Debe la expedición tomar las precauciones del caso y dirigirse rectamente a Manta, en donde apenas tengamos noticias se enviará el “Cotopaxi” para darle protección y auxilio. De Manta podría dirigirse con toda seguridad el aludido buque a Cabo Manglar para tomar las tropas de Chaux y conducir las a Buenaventura u otra caleta conveniente del Cauca”.

En fin, Sarmiento, aunque menos tímido que don Foción y que Alfaro y con ideas más claras y precisas de las leyes internacionales, vaciló, sin embargo, en sus consejos, y ora me apoyaba en el plan de invadir a Chiriquí para operar más tarde sobre Panamá; ora en el de invadir el Cauca; ora, en fin, me proponía que fuera más bien en su auxilio al Departamento de Bolívar.

Las razones que tenía yo para querer ante todo invadir al Istmo, provenían de la falta de vehículo propio de transporte. En buque ajeno no se podían emprender operaciones dilatadas. De ir al Cauca, habría de ser en buque propio para operar sobre Buenaventura, bloquearlo o efectuar un desembarque en combinación con nuestros amigos de Tumaco y Guapí, por un lado, y con los de San Juan, por otro, y hacerle frente a la cañonera del Gobierno, llegado el caso. De no tener ese buque y de ir al Cauca en transporte ajeno, no lo podíamos hacer sino a Tumaco, ya en poder de la revolución, y ¿qué mayor fuerza le íbamos a dar a ésta en ese puerto, con los cien hombres de que podía, a lo sumo, componerse nuestra expedición?

No era evidente que de Guayaquil le podían llegar más elementos y mejores de los que pudiéramos llevarle?

¿No corría más peligro esa expedición surcando aquellos mares frecuentados por "La Boyacá," en buque de madera y por mar abierto, menos al abrigo de la Costa?

La única importancia de una expedición sobre el Cauca, estaba indudablemente en Buenaventura, que es el punto mejor del Departamento, en donde, una vez tomado, se pueden introducir al Valle, a la parte poblada y rica de él, elementos de guerra con que armar miles de hombres, capaces de devolverle al liberalismo el predominio y la victoria; pero para hombres hábiles, Panamá vale más aún para el Cauca, mucho más que Buenaventura, y dejarlo, como quien dice, a retaguardia en poder del enemigo, cuando se intenta llevar la guerra al interior del Cauca, sería exponerse a ver frustrados los mejores esfuerzos, porque desde Panamá, y con acopio de elementos formidables, se pueden llevar a cabo sobre Buenaventura las expediciones que se quieran. Hablo en el supuesto de que el Ecuador sea nuestro amigo; o perfectamente neutral.

En ese supuesto, nada podrá esperar el Cauca de ese país ni de ninguna otra parte, una vez tomado Panamá, porque se le privaría del cable, del tránsito para los Departamentos de la Costa Atlántica, para los Estados Unidos y Europa, y de los arsenales de New York. La misma cañonera "Boyacá" tendría que entregarse porque carecería de carbón, de víveres y de lugar de refugio.

Todo esto era inteligible para los adversos al proyecto, pero el miedo cervical que tenían venía de que la toma de Panamá podía provocar, según ellos, algún conflicto, y, dada la rapacidad de los Estados poderosos, alguno de ellos, los Estados Unidos, por ejemplo con el pretexto de garantizar el libre tránsito por el Istmo, se posesionarían de él. Yo no lo temía así, como no temía tampoco la aplicación de los insólitos principios sobre piratería que profesaba el General Alfaro. Sabía bien que un ejército que se distinguiera por su moralidad y disciplina, no podía dar pretexto para conflictos internacionales, sino inspirar confianza y excitar más bien la simpatía general.

¿No sabíamos todos que la guardia dictatorial, formada de batallones de línea, despertaba antipatías y el terror por donde pasaba? Nosotros, al contrario, podíamos ser tales por nuestros principios y por nuestra conducta, que nos favoreciera el juicio de la generalidad, como resultado de las comparaciones, y conseguir por esto mismo, que las colonias extranjeras interesadas en el restablecimiento del orden y en la aseguración de todos los derechos, desearan nuestro triunfo.

La tarea para alcanzarlo no podía ser difícil: ser severos siempre en el castigo y reparación de toda falta, y resolvernos, a nuestra aproximación a Panamá, a no tocar un solo clavo de la Compañía del Ferrocarril, poseedora de la línea del tránsito interoceánico.

En fin, a los que echábamos sobre nuestros hombros la responsabilidad de tamaña empresa, nos precedían honrosos antecedentes, y por esto, como porque en Panamá, casi sin excepción de extranjeros, todos deseaban el cambio de Gobierno, consideraba lejanos los peligros y hasta huero el mero temor de extraña intervención.

Con todo, cuando el General Alfaro, don Foción Soto y el General Sarmiento manifestaron su oposición a mi proyecto, renuncié a él, y me propuse secundar los esfuerzos de mis copartidarios donde aquellos amigos lo indicaran.

Resultó que el General Alfaro prefería que nuestra expedición se hiciera al Cauca, y el General Sarmiento a Bolívar. Dada esta oposición, sometí el caso al verdadero árbitro sobre el asunto, al General Zelaya, que era quien iba a dar el vehículo de transporte. En mi carta a este General, de 15 de Marzo, le hice conocer las opiniones encontradas de aquellos amigos, copiándole literalmente lo que ellos me habían comunicado.

Sin dilación, y como lo había presumido, decidió que la expedición sería sobre Chiriquí, porque su intento era que “La Momotombo” nos

desembarcara en la primera tierra colombiana que avistara, y esa primera tierra no era otra que la de Burica en jurisdicción de esa Provincia.

Había pasado, además, la oportunidad de operar audazmente sobre el mismo Panamá, cuando estuvo casi desprovisto de tropas, que ya habían vuelto, y que sólo cabía ir a la Provincia que de más recursos disponía.

Al conocer la resolución del General Zelaya, la comuniqué inmediatamente al General Alfaro por conducto del notable amigo suyo establecido en Guayaquil, y al General Sarmiento y a Don Foción Soto, por conducto de Alirio Díaz Guerra. Después no había ya sino que prepararlo todo para la campaña y averiguar cuántos éramos y con qué auxilios contábamos.

El General Zelaya me había ofrecido anteriormente 1.000 rifles Remington ordinarios, 200.000 tiros y 2 cañones. ¿Sería ese el auxilio a que había aludido cuando habló con el doctor Morales? Yo quise cerciorarme de ello y obtener del mismo General los detalles relativos a la entrega y embarque de esos elementos; pero no quiso recibirme más, y con uno de sus edecanes me hizo saber que debía entenderme para todos los demás particulares con don Clodomiro de la Rocha, su Secretario privado.

De la Rocha me dijo:

—El General ha mandado entregarle 600 rifles, 120,000 tiros, un cañón y 150 tiros de éste. El Coronel Francisco Torres está encargado del cumplimiento de la orden y de hacer embarcar el cargamento en uno de los vapores del lago el día de la partida. El General Nicasio Vásquez es el Jefe escogido para comandar “La Momotombo”. ¿Cuándo cree usted estar expedito para salir de Managua?

—Es imposible, le dije a Rocha, tener éxito con tan exiguo armamento; tentado estaría a no aceptar el auxilio y renunciar a la empresa si yo me perteneciera, pero yo soy ya todo el Partido Liberal y tendré que resignarme. Conste, no obstante, mi protesta. Para dar tiempo a la venida del correo de Panamá a que mis cartas logren venir oportunamente a Chiriquí, anunciando que es llegada la hora señalo el día 27 del presente para la partida.

De la Rocha, a instancias mías, hizo agregar al armamento acordado unos 30 revólvers, 40 cutachas, 10 albardas, 300 salveques, 100 cantimploras, un saco con mecates, 2 carpas y 40 alforjas de pita. El Coronel Francisco Torres agregó, bajo su responsabilidad, 20 rifles Level y 2.000 tiros para éstos. Habría también mejorado la calidad del armamento, pero

era imposible. Yo sabía que los rifles carecían de baquetas y había exigido su reposición, pero a esas horas, en vísperas de la partida, no era posible mandarlas fabricar. El armamento era viejo, usado, y sabido es que el soldado lo primero que bota o inutiliza es la baqueta, empleándola frecuentemente de bastón o de azador de carne.

También recibí \$2.000 en billetes del Tesoro Nacional, que distribuí entre aquellos que sentaron plaza en la expedición, desde la suma de \$ 350 que entregué al General Emiliano J. Herrera, hasta la de \$ 10, mínimo que entregué al simple soldado. Puedo asegurar que de los \$ 2.000 fueron perdidos unos \$ 600, poco más o menos, porque muchos zánganos acudieron atraídos por el cebo de la dádiva, con recomendación de Herrera o de algunos otros de los ya presentados por éste, recibieron su anticipo y no volvieron más o se quedaron escondidos en Corinto el día de la salida.

El Agente de la Revolución en Panamá, nombrado por mí, don J. A. Jiménez, me envió más de \$ 800 en plata colombiana, suma que, como la anterior, fue destinada al enganche y equipo de los ciento diez hombres que se embarcaron conmigo. Y es del caso poner de manifiesto que siendo insuficientes tales recursos en efectivo para atender a los crecidos gastos de la expedición mi bolsillo particular cubrió la no pequeña diferencia.

Durante los días 24 y 25 de Marzo, hubo en mi casa flujo y reflujo de hombres que entraban y salían continuamente, y tal como se oía en ella rumor como de colmena, así debía circular por las calles de Managua la noticia de mi marcha. A todos, paisanos e hijos del país, se les recomendaba mucha discreción, pero los hombres, cuando pasan de tres, guardan un secreto contándolo a otros en voz baja y con las mismas recomendaciones que se les ha hecho. El General Zelaya debió tener noticia del alboroto, y se dejó arrastrar de la violencia y de su espíritu autoritario. Me mandó llamar el 25 a las diez de la mañana, y me dijo:

—Dicen que usted ha fijado el día de mañana para la partida?

—Sí, señor, mañana.

—Pues sepa usted que si no sale hoy, daré contra orden a lo que se ha dispuesto, y no se hará ninguna expedición.

—Está bien, señor: en el dilema ineludible en que nos pone usted, no podré optar por la negativa, porque no son asuntos personales míos; Ud. se servirá decirme a qué hora debo hallarme en el muelle.

—El embarque será a las cuatro de la tarde aquí, y de Corinto mañana en la mañana.

—Entendido señor, y sea esta la ocasión de despedirme de usted. Alargándole en seguida mi mano, la estrechó sin expresarme una sola palabra de esperanza, de buena ventura, de feliz augurio o de prosperidad.

Salvaje, torpe, grosero es la violencia e inconsecuente: no ve, no oye, no reflexiona, no tiene en cuenta las consideraciones que les debemos a los demás, no da asidero a la estimación y ciega las fuentes de la amistad; ordena, previene y resuelve sin examen...

¡Cómo estaría de fastidiado el General Zelaya! Dejaba ver que el auxilio que nos daba era a su pesar, impulsado por móviles extraños que reducían y esclavizaban su voluntad!

A las cuatro de la tarde en el muelle de Managua! A las cuatro, es decir, a la luz del día, a la vista de todos, de amigos y enemigos, y eso, para poner remedio al rumor que circulaba de nuestra partida!

No era agravar el mal el suministrar semejante remedio? ¿No se hacía más público lo que no pasaba de ser un dicho callejero?

A las cuatro de la tarde concurrimos a la cita precipitadamente; pero, como sucede con todo lo de nuestra raza y con las obras de la violencia, nada se había dispuesto para el embarque del armamento ni para la impresión de los manifiestos y proclamas, y no fue sino a las diez de la noche cuando todo estuvo listo. Las horas perdidas las emplearon los zánganos de que he hablado en proveerse de aguardiente para el paseo nocturno que ideaban, y poco a poco fueron convirtiendo el vapor en una gallería y batahola infernal, en donde a la hora de la partida no era posible entender a nadie ni aun oírle distintamente: tales y tan grandes eran la gritería, los *vivas* y las vociferaciones de entusiastas y ebrios.

Naturalmente, nuestra llegada a Corinto se efectuó con el sol afuera, y nuestra salida del puerto, previo el trasborde del armamento y de los hombres, del ferrocarril a "La Momotombo," a las diez de la mañana..... Más publicidad, pues, no podía dársele a la expedición, ni mayor podía ser tampoco el escándalo, cuando todo pudo realizarse mejor bajo las sombras de la noche, en el sigilo.

Confieso mi rubor y mi pena... ¡Cómo habría sido mi satisfacción si aquella empresa se hubiera llevado a cabo en buque propio y a la medida de mis planes!.....

Un bote nos recogió al pasar la cañonera y salimos.

El “Philadelphia,” buque americano de guerra, estaba surto a la entrada del puerto y pasamos cerca de él, alumbrados por el brillante sol de Marzo.

Estábamos en plena mar.

El Desembarque.

Nuestra travesía fue lenta y llena de incertidumbres y desazones. El buque no estaba en condiciones de viajar rápidamente, porque tenía el casco sucio y la maquinaria muy usada. El manejo de él, además, no era firme, preciso; y parecía resentirse de las órdenes dadas a sus conductores. Por la noche se abrían mar afuera y por el día ponían rumbo al Norte en busca de la Costa.

Desde que pasamos el Golfo de Nicoya y se presumía la cercanía de las costas colombianas, se hablaba mucho de “La Boyacá” por aquellos conductores y por los jefes de la guarnición del buque. Todos comprendimos que le tenían terror a esa cañonera, a pesar de los buenos cañones de “La Momotombo.” A bordo de aquélla seguramente los regenerantes sentían lo mismo por ésta, y ambos buques venían a ser, por esta reciprocidad del miedo, el terror de esos mares, terror para los unos y terror para los otros, según el caso.

La consigna de “La Momotombo” era rehuir todo combate con “La Boyacá,” si la encontraba, y contentarse con avistar la primera tierra colombiana que hallara para echarnos en ella, y regresar inmediatamente, *sin volver la vista atrás.*

Con estas instrucciones, hasta la mano de los timoneles tenía que ser vacilante, y a menudo nos ocurría estar perdidos en esos mares tan frecuentados y conocidos. En una ocasión nos sacó de dudas el rumbo de un vapor de la Compañía americana que divisamos, y otro día, la isla Montuosa, que fue tomada por la propia Punta Burica, al Sur de la cual se puso rumbo.

Eran dos nuestros conductores y capitanes, ambos sencillos hombres de mar, propiamente, *capitanes de agua dulce.* Discutíamos con ellos a cada paso y a veces con calor. ¿Qué fuertes podían ser en el conocimiento de la costa, cuando todos o casi todos los puntos que les pusimos en tela de juicio se los ganamos? Uno de ellos, Félix Berlac, mereció de parte nuestra el apodo o sobrenombre de *Barba Azul*, por la peculiaridad de la suya, entre cana, y particularmente por sus enormes bigotes, aunque también por

ironía, porque no podía darse otro hombre más inofensivo, y las desazones que le producían frecuentemente nuestras preguntas sobre el meridiano en que estábamos o la tierra que veíamos, apenas servían para poner de manifiesto que a nadie había hecho un mal jamás. Al recordarlo después, su solo nombre, su fantástico apodo, hacía asomar la sonrisa en los labios de los más serios de los que lo conocieron!...

La isla Montuosa es una masa rocallosa, desprovista de vegetación, refugio de aves marinas; se halla al Sudeste de la Punta Burica, entre ésta y la isla de Coiba, y como a treinta millas de la primera. Vésele de lejos, herida por los rayos del sol, deslumbradora, cual un enorme témpano de hielo. Las olas se alzan sin cesar a su alrededor, amenazadoras; sus chorros espumantes parecen brazos desnudos que momento por momento pretenden rebajarla, abatirla, sumergirla en las profundidades del Océano; pero cuando la nave se acerca y se oye el clamoreo que lanzan, como de lamentos y gemidos, más parecen que están encadenadas y que los desnudos brazos piden en lugar de amenazar, y se alzan en súplica ante el inflexible y mudo gigante que las retiene.

Una vez que *Barba Azul* y demás empleados de “La Momotombo” se hubieron convencido de que la Montuosa no era la punta de nuestro derrotero, reviraron al Norte, y cuando avistamos la verdadera Punta Burica, en dirección de ésta, al Noroeste.

A las dos de la tarde del día 30 de Marzo, llegamos cerca de ella y fue entonces conato innoble de los jefes y capitanes de “La Momotombo” el de arrojarlos primero en la punta de Balza y en seguida en la del Guanábano, que están dentro de la bahía y hacen parte de la citada de Burica. Debido a mis ruegos y a la cordura del General Nicasio Vásquez, no se consumó aquel atentado.

Arrojados en esas especies de promontorios, a cuyas espaldas crece la selva virgen y en cuyo frente se rompen con estrépito las olas, habríamos sucumbido irremediabilmente porque no habríamos podido salir de allí jamás. Yo les mostraba en el horizonte y delante de nosotros la Boca de los Espinos, pero ellos contestaban con las órdenes terminantes que habían recibido. Con todo había que buscar un buen desembarcadero y el buque iba costeano. Cuando ya el sol llegaba al horizonte, estábamos en el *Charco Azul*, brazo de mar profundo en el recodo de la bahía o golfo, en la propia garganta de la Punta o península de Burica, en donde la serranía que forma el dorso de aquéllas, revira en busca de Golfo Dulce. Allí anclámos para que una comisión fuera a tierra a inspeccionar si el sitio era a propósito

para el desembarque. Se había alcanzado a ver un rancho en la costa y el sitio debía estar habitado.

Compusieron esa comisión Carlos A. Mendoza y los dos Morales, Eusebio y Paulo Emilio. Un bote manejado por cuatro nervudos remeros los llevó a tierra. Con las últimas luces del crepúsculo y ayudados de anteojos de larga vista, vimos cómo el bote era juguete de las olas, cómo orillaron por diferentes lugares para poder allegarse a la playa, y cómo, en fin, entre tumbos y marejadas que los alzaban y hundían en los senos de las olas, tocaron tierra y montaron por la playa a la barranca. La reventazón era horrible, y a pesar de la distancia se oía el alboroto de ella. Con las negras envolturas de la noche, dejamos de ver a los amigos que se habían desembarcado, y las horas transcurrieron hasta la una de la mañana, unas en pos de otras, sin la menor señal de ellos.

En vano dirigíamos nuestra vista a la costa y tratábamos de penetrar la profunda oscuridad que reinaba en ella, en el mar y en el espacio, desde la borda del buque. Ningún rumor, ninguna luz, nada que indicara su presencia o su existencia.

Tal debía ser esa una tierra de antropófagos, la *irás y no volverás* de la leyenda. Cuando imaginábamos que podían haber sido devorados por algunas fieras o naufragado a su regreso, caíamos en el mayor abatimiento.

A la una regresaron los marineros solos, y, por un momento, mientras pudieron explicarse en la cubierta del buque, se hizo más intenso nuestro dolor. Resultó que en vista de lo que habían sufrido en el desembarque, aun de día, no habían querido exponerse a mayores peligros, embarcándose de noche. La rompiente de las olas producía en la playa ruido infernal, ensordecedor, y a la vista eran temibles, cuando, al volver sobre sí mismas, se precipitaban desde lo alto, mostrando a manera de fauces oscurecidas por la arena y el lodo. Al día siguiente les echamos bote para que regresaran, y nos contaron que, no obstante haber hallado señales de seres humanos, la playa y la costa un poco al interior, eran de lo más ingratas y que habían tenido que dormir enterrados en la arena para escapar así de la persecución de los insectos. Entonces redoblamos nuestras tentativas de navegar más adelante, pero todo en vano, y a la una de la tarde del día 31 de Marzo se dió principio al desembarque de la gente y del armamento. Lo hicimos en el mismo lugar en donde habíamos visto un rancho, y habían desembarcado la víspera Mendoza y los dos Morales. Disponíamos de tres botes para hacerlo y con ellos pusimos en tierra, sin haber perdido un rifle, ni una caja de cápsulas, 600 de los primeros y 120 de éstas. Llenos de ardimiento y de

entusiasmo, algunos se arrojaban al agua, antes de que el bote diera en la playa, lo sostenían e iban sacando poco a poco la carga. A las seis de la tarde, con el regreso del último bote, que me condujo a mí, “La Momotombo” alzó anclas y fue alejándose hasta perderse en el horizonte, con las primeras sombras de la noche.

Teníamos ya cinco días de mala alimentación y de no poder dormir, hacinados, primero en dos carros del ferrocarril de Corinto, y luego, en la cubierta de “La Momotombo”; pero esas habían sido privaciones de poca monta, en comparación de la infernal noche del 31 de Marzo que pasamos en la boca del San Bartolomé, en donde nos hallábamos. Había dos ranchitos escuetos en el lugar, y ni dentro ni fuera de ellos, ni a la sombra, debajo de los árboles, ni a la luz de las candeladas que hicimos, nos fue posible cerrar los ojos, pero ni estar quietos. Los zancudos, de trompa descomunal, se cernían sobre nosotros en nubes negras y se dejaban caer sobre la cara y las manos, las piernas y el cuerpo todo, con ansia y rabia insaciables, y herían al través de los vestidos, de los sacos de henequén con que se cubrían algunos, y aun de la lona de las carpas que llevábamos. La música de que venían precedidos era inquietante, capaz por sí sola de alarmar y de mantenernos en vela. Risa y desesperación, todo junto, causaba verse uno y ver a los demás, huyendo de un lado para otro, azotando el aire con largos ramos de escobilla y con la camisa doblada, guerrero acobardado ante un enemigo tan pequeño...

En uno de los ranchos vivían dos mozos de apellido Guadamuz, que habían huído abandonándolo todo, y en el otro, anciano ya, valetudinario, Silvestre Lozada, antiguo mayoral de un hato de ganados que alguien había tratado de aclimatar en esas soledades. Por este hombre, de tostada y curtida piel, supimos que para escapar de la plaga hacían uso allí de ingeniosa estratagema. Consistía en dejar los ranchos y retirarse al zarzo del chiquero de puercos... Los insectos se entretenían picando y atormentando a los marranos y dejaban a las gentes libres y tranquilas.

Al día siguiente todos nos preocupamos desde temprano por conseguir modo de pasar la noche en mejores condiciones que la primera. Yo fui uno de los últimos en encontrar lugar adecuado; finalmente entré a uno de los ranchos, que estaba lleno hasta el techo con las cajas de parque que traíamos y con las cuales muchos de mis camaradas habían formado sus camas; yo logré hacer otro tanto y, como mis compañeros, procuré el modo de salvarme de los mosquitos cubriéndome con una fuerte lona que protegía el parque contra la lluvia, pues la choza estaba muy destartalada.

Había llegado allí sin que nadie se diera cuenta de ello; el calor me sofocaba y en un instante en que aparté la lona de mi rostro para poder respirar mejor, oí que varios individuos que se habían instalado en el mismo rancho, del otro lado de las cajas que yo ocupaba, pronunciaban mi nombre. Eso me llamó la atención y traté de escucharlos. Hacían referencia a las penalidades a que estábamos sometidos en esa playa desierta, donde nos encontrábamos como abandonados, sin medio de movilizarnos por agua a consecuencia de la carencia de embarcaciones, y sin poder hacerlo por tierra por falta de bestias para llevar las numerosas cajas de parque que no podíamos dejar allí, como tampoco el cañón y algunos rifles de que disponíamos para armar a otros de nuestros adeptos cuando avanzáramos sobre David. Se quejaban de esa triste situación agravada por la falta de provisiones, pues lo único con que contábamos en alguna cantidad eran galletas secas, tiesas como bejucos, de la clase que en Nicaragua flaman totoposte y de las cuales veníamos regularmente provistos.

Porras tiene la culpa de todo esto. Vea que meternos aquí de donde no podremos salir —decía uno.

Es que no debimos habernos confiado de un simple abogado —decía otro— que lo más que podrá será ganar pleitos.

Lo peor —decía el tercero— vaya a ser que ni se atreva.

Eso no —dijo otro— yo he sabido que él ha batido dos o tres veces.

—Hombre, eso de los duelos me lo como yo en sebo. Esos duelos son de mentira; los padrinos los arreglan como quieren en ocasiones llegan hasta a sustituir los plomos de las balas por masa de pan.

—No, a mí me consta que en un duelo que tuvo en Bogotá, el otro duelista salió herido. En Panamá también tuvo un duelo con un individuo muy valiente, y el duelo fue de verdad.

—Hombre, puede ser todo lo que usted quiera; pero no es lo mismo un duelo que un combate; en el duelo no hay sino tres o cuatro plomos, mientras que en el combate son miles y miles.

La anterior conversación me impresionó profundamente. Yo no podía soportar que mis subalternos dudaran de mi valor. Verdad es que yo, como ellos decían, no era militar, ni pasaba de ser un simple abogado; pero me sentía con ánimos para todo, capaz de luchar como el que más. Me fue imposible conciliar el sueño y me dirigí a la playa a matar el tiempo; Mendoza y Morales, quienes se entontraban metidos en la arena hasta el

cuello, para librarse así de los zancudos, sintieron mis pasos, me reconocieron y me llamaron a su lado. Me llegué hasta ellos y les relaté todo lo que había oído. Mendoza al oírlo me dijo: “No hagas caso ni te preocupes por eso”; pero bien comprendí yo por el tono de su voz, que del propio modo él estaba impresionado como yo.

Primeros actos de la expedición.

Una vez en tierra colombiana, mi primer acto fue asumir el carácter de Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá; designar a Emiliano J. Herrera, Jefe de las operaciones militares y nombrar a Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, Secretarios de Gobierno y de Hacienda, respectivamente, de la Jefatura Civil y Militar. También expedí un manifiesto a los istmeños en justificación a la guerra, y de nuestro participio en ella; dí mi aprobación a una circular que Mendoza, en su calidad de Secretario de Gobierno, dirigió a los extranjeros, particularmente a los Cónsules y a los Directores o Superintendentes de las Compañías establecidas en el Istmo, para que observaran, conforme a la ley internacional, estricta neutralidad, ofreciéndoles, por parte de la revolución, acatamiento a la misma ley de las naciones.

El General Emiliano J. Herrera, una vez que hubo aceptado y jurado el cargo, organizó los 100 hombres, de ellos 40 extranjeros, más o menos, 3 costarricenses, Velarde, Jaime Viquez y Granados; 3 hondureños, Lozano Soto, Petit y Víctor Pabón; un peruano, Albarracín; un ecuatoriano, F. Villamarín; 4 salvadoreños, entre los cuales figuraba Palomeque, y como 30 de Nicaragua. Formó cuatro cuadros de oficiales, tres para la infantería, al mando de Miguel Hoyos, Nicholson y Luis Salamanca, con el grado de Coroneles, y uno, de reducido número para la artillería, comandado por F. Morales y M. Laredo, respectivamente, Coronel y Teniente Coronel.

No obstante mis insinuaciones a Herrera, no hubo juramento de banderas, ni de obediencias y respeto a las autoridades supremas de la revolución y del nuevo Gobierno.

Tampoco hizo el nombramiento de Jefe de Estado Mayor, que yo consideraba de primera necesidad, como encargado de desarrollar y dar forma a todo pensamiento sobre ejecución de las operaciones. La razón que nos dió a Mendoza y a mí, cuando lo requerimos para hacerlo, fue la de la conveniencia de someter a todos a prueba previamente para no proceder con ligereza. Paulo Emilio Morales fue nombrado primer Ayudante General.

En fin, Herrera tampoco mandó a la Jefatura Civil y Militar copia de la Orden General que expidió para la organización de la fuerza, a pesar de que se lo suplicámos, y esta es la razón por la cual no hago conocer en sus detalles aquella organización, y por qué no consigno en estas páginas los nombres todos de los sufridos y abnegados compañeros que tuvimos.

La resolución citada arriba, el manifiesto a los istmeños y la circular de Mendoza al Cuerpo Consular, son los que van a continuación:

BELISARIO PORRAS,

Jefe del Ejército Expedicionario sobre el Departamento de Panamá,

CONSIDERANDO:

1°— Que las necesidades de la guerra civil que actualmente existe en la República, han hecho indispensable una invasión al Departamento de Panamá para obrar en combinación con los copartidarios en armas en otros Departamentos;

2°— Que el suscrito, al llevar a efecto esa invasión, ha procedido como miembro del Directorio Liberal del Departamento, siguiendo además instrucciones de un Jefe connotado y prestigioso de la República;

3°— Que por esas razones, y por la voluntad de los jefes y oficiales que forman el Cuerpo expedicionario, el suscrito Jefe tiene autoridad para proceder a la organización militar y civil del Departamento; y

4°— Que además de las operaciones de la guerra, hay necesidad de arbitrar recursos indispensables para proseguir la campaña, de atender a la administración pública y de garantizar del modo más completo los derechos de los asociados,

RESUELVE:

1°— Asumir el carácter de Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá;

2°— Designar al señor General Emiliano J. Herrera para dirigir las operaciones militares y atender a la organización del Ejército;

3°— Nombrar Secretario de Gobierno de la Jefatura Civil y Militar, al señor doctor Carlos A. Mendoza, y Secretario de Hacienda de la misma al señor doctor Eusebio A. Morales.

Dado en Punta Burica, a treintiuno de Marzo de mil novecientos.

MANIFIESTO

Istmeños:

Con alegría, con esa alegría sentida sólo por los desterrados que ven aproximarse el día de su regreso a la Patria, o por el esclavo, desposeído de derechos, cuando tiene ya cercano el de su redención, así oímos hace más de cinco meses el grito que lanzaron nuestros hermanos en el Norte contra el ominoso yugo regenerativo; y con angustia, bajo la tortura de lo incierto, en la imposibilidad de poder volar a los campos de batalla, a donde el deber nos ha llamado, así hemos vivido también en todo ese tiempo, mientras los guerreros despertaban al coraje y a la dignidad, del uno al otro confín de la República, oyendo los gemidos escapados de las cárceles atestadas de presos, las quejas y exclamaciones de las víctimas sacrificadas en las ondas del río Magdalena, los rumores, todos los rumores de verdaderos o supuestos reveses y desastres y los clamores vuestros con que nos habéis llamado con insistencia.

No hemos vacilado un instante, y al fin vamos a ver realizados nuestros anhelos. Venimos a vuestro llamado, en acatamiento a las órdenes de nuestros jefes nacionales, que nos excitan a hacer todo género de esfuerzos y sacrificios, y siguiendo los dictados de nuestro corazón. Venimos de fuera porque fuera nos hemos hallado, y venimos a restaurar la República, a libertar a la Patria aherrrojada, a devolveros la justicia, escarnecida en tantos días de oprobio como han pasado, y lanzada de la hermosa y amada tierra en compañía de los buenos hijos que le rindieron el culto fervoroso que le tributaron nuestros padres.

No nos anima ningún espíritu de venganza, ni en nuestras filas hay un solo vicio que aguijonee nuestras almas. Perseguimos un ideal cuya realización buscamos ya sin descanso por las vías pacíficas y doctrinarias, y hoy, si nos es preciso empuñar el acero, tan sólo es para oponer a la fuerza de nuestros adversarios nuestras fuerzas, y a su empuje nuestro coraje.

Probaremos con nuestro definitivo triunfo que sólo ambicionábamos la restauración del derecho en nuestra patria, para que en ella no haya parias o ilotas como nos consideraron.

Hemos visto desaparecer la fraternidad de los colombianos con el implantamiento del espionaje que relajó todos los vínculos y que abrió las almas a todas las suspicacias y temores; y queremos que esa fraternidad no sea una farsa para que no sea precursora de nuestro fraccionamiento y ruina. Hemos visto como fue ahuyentada la igualdad, cómo fueron perseguidos,

empobrecidos y eliminados los unos, en tanto que los otros acumularon riquezas y se dieron dictados para distinguirse y se sobrepusieron a los demás, ante la ley, amparando sus crímenes con el poder; y queremos que la igualdad vuelva a ser la reina incomparable de nuestra democracia. En fin, hemos visto apagarse el brillo de nuestras hermosas instituciones, el que informa nuestras modestas costumbres, nuestros anhelos de engrandecimiento por medio del trabajo, nuestro orgullo en el honor; y queremos el restablecimiento de la virtud y de la verdad entre todos; que vuelvan los hermosos tiempos del carácter y del deber, aquellos en que fue puro el manejo de los caudales públicos, en que el Juez fue amparo del ciudadano y en que la Ley tuvo un templo espaciosísimo y en él el culto más fervoroso para todos los colombianos.

Extranjeros! Nada tenéis que temer de nosotros si observáis los principios de la neutralidad. Vosotros merecéis de parte nuestra todas nuestras consideraciones, porque venís a traernos vuestros brazos y a fecundar nuestro territorio con vuestro esfuerzo. Creed que si no os inmiscuís en nuestra contienda, seréis vosotros los llamados a recibir de nuestras manos todas las ofrendas de la hospitalidad.

¡Viva el Partido Liberal!

Punta Burica, Marzo 31 de 1900.

BELISARIO PORRAS.— EUSEBIO A. MORALES.— CARLOS A. MENDOZA.

Departamento de Panamá.— Secretaría de Gobierno.— Circular número 1.— Punta Burica, Marzo 31 de 1900.

Señor:

Tengo el honor de poner en conocimiento de usted los documentos inclusos, por los cuales se impondrá usted de la resolución adoptada por una parte muy considerable de los habitantes del Departamento de Panamá, para alzarse en armas, como ya se han alzado, a fin de cooperar, con sus copartidarios del resto de la República, a que se restablezcan en Colombia las libertades públicas, cambiando el existente sistema de Gobierno por uno que sea representante genuino de la voluntad popular, y positiva garantía de los intereses de los extranjeros y de los colombianos.

Obedece el designio del Gobierno de la Revolución, que encabezan en el Departamento de Panamá el señor doctor Belisario Porras, como Jefe

Civil y Militar, el suscrito como Secretario de Gobierno, el señor doctor Eusebio A. Morales, como Secretario de Hacienda, y el señor General don Emiliano J. Herrera como Jefe de las operaciones militares, al intento de restaurar, por medio de las armas y de toda suerte de sacrificios, si menester fuere llegar a tan dolorosos extremos, el imperio de las instituciones republicanas, para lo cual cuentan con los necesarios medios de acción, rápidos y decisivos.

Se propone la Revolución observar fielmente las leyes de la guerra, y como una de esas leyes obliga a los extranjeros a la más estricta neutralidad en las contiendas civiles que ocurran en el país en donde vivan, tengo especial encargo del señor Jefe Civil y Militar de comunicar a usted que las autoridades, el ejército y la marina revolucionarios respetarán y protegerán en mar y en tierra a los extranjeros y sus propiedades, siempre que las personas se mantengan neutrales y que no haya motivo para que los bienes de extranjeros se reputen, conforme al Derecho de Gentes como contrabando de guerra, sujetos a detención y confiscación, mediante la visita y el examen de los buques, cargamentos y sitios donde se hallen tales bienes.

La Ley de las Naciones será estrictamente cumplida por la Revolución, no tan sólo por ser esto de conformidad con las prácticas de la civilización, sino también con el propósito de poner, cuanto antes, término a la guerra, con una campaña rápida, y privando a los adversarios de los medios de transporte y de los recursos ofensivos que prologuen por más días la existencia en el poder de los que han arruinado a la República y conducirlo con el mayor desprestigio, al borde de su completo aniquilamiento.

Ruego a usted, a nombre del señor Jefe Civil y Militar, que dé su atención a la presente Carta Oficial, cuyo contenido se servirá usted participar a los señores Agentes de las Compañías de vapores que residen en ese puerto, con el objeto de que los buques de las Empresas que ellos representan, no transporten en lo sucesivo tropas, ni armas, ni municiones, ni carbón, ni los demás artículos estimados como contrabando de guerra, si quieren evitarse las molestias que les ocasionaría el desprecio o el simple olvido de las obligaciones impuestas a los neutrales.

Con sentimientos de consideración, soy de usted muy atento servidor,

CARLOS A. MENDOZA.